

Filmoteca
de Catalunya

MAGAZINE ESPAÑOL
DE CINE

Jean Harlow
M.G.M.

F. M. U. S. J.



Se ha puesto a la venta el
primer cuaderno de la obra

HISTORIA DE LAS
REVOLUCIONES SOCIALES

que describe el estado social
de Roma y la gesta heroica de

ESPARTACO

EL ESCLAVO QUE HIZO
TEMBLAR A ROMA



30 CÉNTIMOS

Magnífica presentación.
Veinticuatro páginas.

PÍDALO EN QUIOSCOS

EDICIONES HYMSA

Diputación, 211
Barcelona



Valverde, 28
Madrid



EN

Cello

Sa

Sueñ

Có

La es

no

po

En

Juan

Sa

Mane

Ma

Poete

PROYECTOR

AÑO II

15 noviembre de 1936

Número 13

Director: F. JAVIER GIBERT

Redacción y Administración: Vergara, 3.—Teléfono 22890

AVISO

a nuestros lectores

Debido a las anormales circunstancias por las que atraviesa nuestro país hemos acordado suspender el concurso que de acuerdo con Cifesa hablamos organizado, para buscar un galán y una dama joven, que tenían que interpretar una película nacional.

A los concursantes que ya han mandado fotografías se les advierte que éstas quedan en nuestro poder, para cuando llegue el momento de reanudar la marcha de este concurso que tanto interés ha logrado despertar entre los aficionados a la cinematografía.

EN ESTE NÚMERO:

- Celia Escudero, por Mateo Santos..... 2
- Sueños de Hollywood, por César Montiel..... 4
- La estrella que admiramos no es la mujer que vemos, por Miguel de Zárraga.. 14



En el próximo número: (15 de diciembre)

- Juan de Orduña, por Mateo Santos.
- Manera de llegar a estrella, por Manuel P. de Somacarrera.

DELEGACIONES DE «PROYECTOR»

MADRID: Valverde, 28; VALENCIA: Plaza Mirasol, 6; SEVILLA: Federico Sánchez, Bedoya, 18; MÁLAGA: Marqués de Larios, 2; BILBAO: Alameda Urquijo, 24; JAÉN: Plaza del Pósito, 36; MÉJICO: Apartado 1505; LISBOA: Agencia Internacional, Rua S. Nicolau, 119.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DE «PROYECTOR»

España y posesiones, un año 12 pesetas.
América y Portugal, un año 16 »
Demás países, un año 25 »

PROYECTOR sale el día 15 de
todos los meses

Se ha puesto a la venta el
primer cuaderno de la obra

**HISTORIA DE LAS
REVOLUCIONES SOCIALES**

que describe el estado social
de Roma y la gesta heroica de

ESPARTACO

EL ESCLAVO QUE HIZO
TEMBLAR A ROMA



30 CÉNTIMOS

Magnífica presentación.
Veinticuatro páginas.

PÍDALO EN QUIOSCOS

EDICIONES HYMSA

Diputación, 211
Barcelona



Valverde, 28
Madrid



PROYECTOR

AÑO II

15 noviembre de 1936

Número 13

Director: F. JAVIER GIBERT

Redacción y Administración: Vergara, 3. — Teléfono 22890

AVISO

a nuestros lectores

Debido a las anormales circunstancias por las que atraviesa nuestro país hemos acordado suspender el concurso que de acuerdo con Cifesa hablamos organizado, para buscar un galán y una dama joven, que tenían que interpretar una película nacional.

A los concursantes que ya han mandado fotografías se les advierte que éstas quedan en nuestro poder, para cuando llegue el momento de reanudar la marcha de este concurso que tanto interés ha logrado despertar entre los aficionados a la cinematografía.

EN ESTE NÚMERO:

- Celia Escudero, por Mateo Santos..... 2
- Sueños de Hollywood, por César Montiel..... 4
- La estrella que admiramos no es la mujer que vemos, por Miguel de Zárraga... 14



En el próximo número: (15 de diciembre)

- Juan de Orduña, por Mateo Santos.
- Manera de llegar a estrella, por Manuel P. de Somacarrera.

DELEGACIONES DE «PROYECTOR»

MADRID: Valverde, 28; VALENCIA: Plaza Mirasol, 6; SEVILLA: Federico Sánchez, Bedoya, 18; MÁLAGA: Marqués de Larios, 2; BILBAO: Alameda Urquijo, 24; JAÉN: Plaza del Pósito, 36; MÉJICO: Apartado 1505; LISBOA: Agencia Internacional, Rua S. Nicolau, 119.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DE «PROYECTOR»

España y posesiones, un año. 12 pesetas.

América y Portugal, un año. 16 »

Demás países, un año. 25 »

PROYECTOR sale el día 15 de
todos los meses

Celia Escudero



A Celia Escudero la ha guiado, a través de su vida, una estrella roja

Enero de 1927. Madrid era el centro más activo de nuestra producción cinematográfica.

Empecé a interesarme muy vivamente, en aquella época, por el cine español. No conocía de cerca a sus «estrellas», a sus directores, y me marché a Madrid.

Me orienté pronto. Por la Maison Dorée desfilaban la mayoría de artistas y gentes relacionadas de una u otra forma, con el cinema. Allí conocí a Fernando Delgado — espíritu irónico de la «peña» —, Enrique Blanco, Erna Becker, María Luz Callejo, Pepe Argüelles, Javier Rivera, Alberto Barrena y otros.

Formaba también parte de la «peña» y era uno de sus más firmes puntales — ¡y qué puntal! 110 kilogramos de peso! — Agustín García Carrasco. A éste me lo presentaron en Barcelona meses antes.

Carrasco dirigía la «Hércules-Films», que había producido dos películas: *Los hijos del trabajo* y *La sirena del Cantábrico*, con Celia Escudero de «estrella».

Precisamente Celia me era desconocida en absoluto. No había visto de ella ni una mala fotografía. Me elogiaron su belleza en todos los tonos y me contaron cierta aventura suya de diez maneras distintas. La llegué a imaginar como una mujer extraordinariamente bonita y extremadamente peligrosa: una vampíresa cien por cien.

Una tarde entró Carrasco en la Maison Dorée y sin sentarse siquiera, me dijo que le esperase allí hasta que él volviese.

Esperé. Acaso dos horas largas. Iba ya a marcharme cuando llegó de nuevo Carrasco y sacándome casi en volandas del café me empujó al interior de un taxi, mientras ordenaba al chofer:

—A la Bombilla, casa Juan.—

En el coche había dos mujeres: la más joven una tanagra tallada en carne, la otra una belleza morena y dramática, en cuyos ojos, intensamente negros, había no sé qué fatalismo.

El Sancho, de talla demasiado gigantesca para confundirlo con el Sancho auténtico, se negó a presentármelas. Las muchachas me miraban y sonreían burlescamente. Yo fumaba para disimular mi nerviosismo. Carrasco hablaba sin cesar.

Llegamos a la Bombilla. El coche paró frente a uno de los merenderos. Entramos.

Un organillo lanzaba al aire las notas castizas de un schotis. Carrasco se puso a bailar tranquilamente con una de las muchachas. Luego, me dijo:

—Baila tú con ésa.—

Le repliqué:

—Yo no bailo. El bailarín me ha



Sus pupilas fulgurantes y misteriosas como estrellas lejanas

parecido siempre un oso de circo, degenerado en señorito.—

Las dos bellezas se echaron a reír. La obesa humanidad de celuloide, me amenazó en tono jocoso:

—Ahora sí que no te presento a las muchachas.

—No hace falta —arriesgué—. Esta —y me quedé mirando fijamente a la tanagra— es Celia Escudero. La otra...

—Es mi hermana Irene —terció Celia sacándome del apuro.

Aquella noche terminamos los cuatro en el Maipú, un cabaret del Madrid de aquel tiempo.

De Celia Escudero me contaron algunas aventuras galantes. Una de ellas parece que tuvo el final sangriento de un tiro en la sien. Larra ha tenido siempre imitadores de su destino trágico. Werther, también.

¿Estas aventuras fueron reales, o simplemente se trataba de una influencia del «bluff» yanqui en nuestros medios cinematográficos?

Lo ignoro. Pero, realidad o fantasía, es lo cierto que Celia Escudero tiene el designio de las mujeres fatales: todos sus amantes, novios, pretendientes, o lo que fueran, han sido finalmente desgraciados.

Pepe Nieto, un galán de músculos de acero y prestancia varonil, magnífico caballista, terminó en Hollywood de villano de segundo orden.

Luis Rayo, el púgil de puño fuerte, vencedor de Tomás Cola y campeón de España y Europa, dentro de su categoría, agotó su fuerza y su brío después de sus escarros amorosos con la bella vampiresa.

Ricardo González, el torerito pinturero, de fina estampa de lidiador, fué a parar pronto al anónimo montón taurino.

Carrasco estuvo locamente enamorado de Celia. Habría hecho por ella cualquier atrocidad. Creo que hizo más de un disparate.

Era —¿lo es aún?— un hombre bona-

chón y generoso. Celia sentía por él viva simpatía. Pero temía que su figura frágil se rompiera entre los brazos de aquella humanidad de ciento diez kilogramos de peso y sorteaba hábilmente los momentos de peligro para ella.

Carrasco ayudó a formarse artísticamente a Celia y se deshizo él como director y productor.

A Celia Escudero, bella y fatal, la ha guiado, a través de su vida, una estrella roja, encendida como una pupila de sangre.

En tiempos del cine mudo, Celia Escudero llegó a ser una de las figuras más atractivas de la pantalla hispana.

Se acomodó por primera vez al lienzo en una desdichada historia de bandidos de trabuco y calabés: *Diego Corrientes*.

Después, en la versión cinematográfica del recto drama de don Benito Pérez Galdós, *El abuelo*, interpretó el papel de Nelly.

A partir de entonces figuró ya como «estrella» en todas las películas que hizo. Fueron *La bejarana*, *Los hijos del trabajo*, *La sirena del Cantábrico*, *¡Viva Madrid, que es mi pueblo!* y *Fernán Galán*.

Celia Escudero y yo fuimos buenos amigos. Lo somos todavía. A pesar de esto, aunque después de 1927 estuve en Madrid varias veces, no había vuelto a verla. Hasta que un día, durante el verano de 1931, me encontré a Enrique Blanco en las Ramblas y le pregunté:

—¿Qué hace usted aquí?

—Pues que hemos venido a rodar unos exteriores de *Fernán Galán*.

—¿Quién más está en Barcelona con usted?

—Fernando Roldán, José Baviera, Polita Bedrés y... adivine usted quién— concluyó Blanco, sonriendo.

—No sé, no acierto quién pueda ser

esa cuarta persona con la que usted me intriga.

—Vaya, lo diré yo— Celia Escudero.—

Confieso que me sorprendió la noticia. Suponía yo, aunque sin fundamento, que la ausencia de Celia del cinema español era definitiva. Me alegré de que no fuera así.

Por la noche fuí al Hotel Regina, donde se hospedaban. Había rogado a Enrique Blanco que no dijese a Celia que yo iba a ir.

En la terraza del hotel, sentados en unos butacones de mimbre, estaban Fernando Roldán, Hipólito Díez, Baviera, Blanco y no recuerdo quién más. Celia y Polita no se encontraban allí. Pregunté por ellas. Roldán me dijo:

—Han subido un momento a sus habitaciones. Bajarán en seguida.—

Al cabo de unos minutos bajó Polita Bedrés. Poco después, Celia.

La frágil tanagra tallada en carne que yo conocí en Madrid había granado en una mujer magnífica, de curvas más exuberantes. Pero era la misma: bella y sensual.

Creo que en la semipenumbra en que estaba envuelta la terraza no reparó siquiera en mí. Luego miró un momento hacia donde yo estaba, pero no mostró ninguna extrañeza. No me había reconocido en aquella rápida mirada de sus pupilas fulgurantes y misteriosas como estrellas lejanas.

Pedí a Roldán:

—Presénteme.—

Roldán atendió mi ruego:

—Celia Escudero... Mateo Santos...—

Y entonces, Celia, la bella vampiresa del designio fatal, guiado por el lucero rojo de la tragedia por amor, recordó...

MATEO SANTOS



Celia Escudero, una tanagra tallada en carne

PATRICIA ELLIS (Foto Paramount)

Sirenas

de

SOLLYN



El mar, principalmente el que baña las playas de California, tiene sus sirenas. Pero sirenas de carne y hueso, no ese bello monstruo mitológico y marino con cabeza y busto de mujer y cola de pescado. Las del Pacífico, en California, tienen de sirena lo que

el «cow-boy» de centauro.

La mujer frente al mar es más femenina y encantadora que nunca. Por su desnudez apenas disimulada por el maillo. Porque cuando más en calma nos parece, cuando más confiados y seguros descansamos sobre su seno, sobre su regazo, más nos sorprende con la furia de sus pasiones comprimidas. Como el mar, que entonces es hembra y es la mar, como gusta decir don Miguel de Unamuno. Así, la mujer, tiene alma de mar. Y voz y brazos de mar. Nos abraza, nos seduce, nos encanta, nos atrae y nos engaña como el mar.

Es más femenina porque es más Eva, por lo mismo que está desnuda.

La moda, en todas las épocas, ha servido para hacerle olvidar al hombre el origen de la mujer. La moda, en unos tiempos más que en otros, desvía las líneas naturales del cuerpo femenino, simula sobre él formas que no tiene, y le resta siempre belleza y castidad. (Nunca fué la mujer más casta que el ejemplar edénico con su desnudez casi integral.)

El mirriñaque, que daba a la mujer hechura de campana, era sencillamente horrible. E inhumano, porque todo lo que se desvía — aunque sean las líneas del cuerpo humano — y cuanto niega la verdadera naturaleza, está falto de ética y de estética.

La moda actual la deforma menos. Pero con todo, los modistas — cuanto más ricos de fantasía para idear modelos extravagantes, peor — se nos figuran unos individuos peligrosos para el género humano. Sobre todo para el hombre, que ha de gastarse un dineral si quiere que la mujer luzca en sociedad. Y peligrosos, incluso, para la mujer, porque la mayoría de las veces la hace perder en atrac-

Jill De
Benne



tivo y belleza. Únicamente para la mujer mal formada, de piel poco tersa y suave, es un buen colaborador el modista.

Pero viendo —aunque sea en la pantalla o en fotografía— a estas muchachas tan lindas que se bañan en el Pacífico, que corren en «maillots» por la playa de Santa Mónica— como en otros mares y en otras playas—, se puede apreciar lo dañinos que son los modistas.

Por muy atrayentes y guapas que resulten vestidas las muchachas que ilustran estas páginas, me imagino que no habrá un solo lector que no las prefiera tal y como aparecen en estas fotografías.

El vestido más elegante y precioso no podrá

jamás hacerlas más bellas que cuando muestran su carne gloriosa y palpitante en plena y casta desnudez. Entonces, fémínea, es la verdad, recobra todo el prestigio heredado de la primera mujer.

Eva frente al mar, besada su carne blanca o morena por el sol y el aire, abrazada por el mar —su semejante en pasar de la calma más absoluta a la furia más tremenda—, es más hermosa que nunca.

Para el hombre, el pobre Adán aplastado entre las páginas de un Código —que decía Eça de Queiroz—, tendría el verla así siempre un doble encanto: el de apreciar bien su belleza y el de no tener que pagar las facturas del modista.

Sin embargo, y aunque ello sea lamentable, la hoja de parra cayó en desuso tan pronto como la primera pareja humana fué arrojada del Paraíso.

En consecuencia, hay que acatar el designio divino y hasta que transigir con el modista, aunque no goce de nuestra simpatía, porque su función social nos cuesta un ojo de la cara, como vulgarmente se dice.

Desde la remotísima edad edénica, la silueta femenina ha sufrido varias transformaciones, hasta el punto de que ya no nos serviría por completo el canon estético griego

Jill Dean, Ann Evers, Wilma Francis, Irene Bennett y Louise Small (Foto Paramount)

WILMA FRANCIS
(Foto Paramount)



BETTY GRABLE
(Foto R.K.O. Radio)

JEAN HARLOW
(Foto Metro-Goldwyn-Mayer)



De izquierda a derecha: Jill Dean, Ann Evers, Louise Small, Wilma Francis, Gail Sheridan, Irene Bennett (Foto Paramount)



para apreciar la armonía de líneas de una muchacha moderna. Hoy el tipo ideal femenino no es ni siquiera la Venus helénica, demasiado plena de formas, y menos aún cualquiera de las tres Gracias del germano Rubens, mantecosas, de abultados senos, de redondas y macizas caderas, de corto y recio cuello y de poderosas piernas. Ni tampoco — ¡ay! —, aunque nos cueste más trabajo confesarlo, aquella regia María Luisa, inmortalizada en el lienzo, en su horizontal desnudez, por el aragonés don Francisco de Goya.

La silueta de la mujer actual es mucho más estilizada y flexible. Los ejercicios físicos, los deportes, la danza, han afinado sus líneas, han dado a sus músculos una gran elasticidad y a sus movimientos un ritmo elegante y gracioso. La «girl» de nuestro tiempo no puede pesar más de cincuenta y cinco kilogramos y ha de estar repartido este peso en un metro seiscientos a setecientos milímetros de estatura.

Hasta el siglo XIX y aun los comienzos del XX, para que una mujer no rebasara los cincuenta y cinco kilogramos tenía que estar tuberculosa como la bella heroína de Dumas, hijo.

En nuestra época, con ese peso, cualquier muchacha es fuerte y ágil y pueden aguantar sus nervios, sin menoscabo de su salud, las emociones más intensas y los ejercicios más violentos y arriesgados.

El arquetipo femenino de este momento se encuentra en Norteamérica, y más exactamente en Hollywood. Pero es un arquetipo en serie, porque son muchas las «girls» yanquis que tienen esa proporción de peso y de estatura y la armonía de líneas que exige la nueva estética.

Sería tremendo error suponer que se trata solamente de una moda que atañe a lo físico. El tipo femenino se ha ido depurando, estilizando, por causas más hondas, de orden moral y social. No se trata, pues, de un capricho, de una veleidad femenina, sino de una necesidad, e incluso de una exigencia de nuestro tiempo. Ni siquiera ha influido el cine en la proporción que se le suele atribuir. La fotogenia por sí misma, sin otras razones de mayor trascendencia y solidez, no habría bastado para que la mujer se determinara a conseguir que las curvas de su cuerpo — tan incitantes, y tan del gusto, a pesar de todo, de la mayoría de los hombres — se suavizaran y hasta se alisaran convirtiéndose en rectas.

La fotogenia no tiene poder bastante para

De izquierda a derecha: Gail Patrick, Lana Andre, Verna Hillie y Kathie Burke (Foto Paramount)

trastornar de tal modo la geometría. El ejercicio físico, los deportes, tampoco. Estos pueden suprimir la grasa superflua, hacer desaparecer el tejido adiposo, pero no modificar las líneas del cuerpo humano, y especialmente el de la mujer, hasta ese extremo.

Es la moral la que obra sobre el espíritu de nuestra época y, directamente, sobre el de la femina de nuestro siglo, ha modificado el tipo femenino, cambiando su estética.

La moral, al simplificarse y estilizarse, ha simplificado y estilizado el cuerpo femenino, con ayuda, naturalmente, de la higiene corporal y de los deportes, que sólo actúan de auxiliares materiales, externos, de la moral, que obra activamente sobre el espíritu sometido a una eugenesia especial.

Todo lo superfluo: convencionalismos, falso pudor, ignorancia de las funciones genésicas, hipocresía del sexo, supersticiones de índole

ANN EVERS
(Foto Paramount)



JUNE TRAVIS
(Foto Warner-Bros)

espiritual, las ha suprimido la nueva moral, la moral de la época. De igual modo, lo superfluo material, se ha modificado o suprimido totalmente, en el cuerpo humano y de una manera más visible en el cuerpo de la mujer.

Las razones de orden social tienen igualmente su origen en la moral del siglo. A una época de agitación, de movimiento, de ritmo veloz, corresponden unos individuos ágiles, ligeros, fuertes, de mentalidad rápida, de acción violenta, de dinamismo corporal. La grasa, como los convencionalismos, serían un lastre, un peso muerto, y se han echado por la borda.

Y he aquí, cómo la ética ha moldeado la nueva estética, dándonos, entre otras cosas, un tipo femenino distinto al de tiempos pasados, del que son un bello exponente estas graciosas sirenas de Hollywood.

CÉSAR MONTIEL



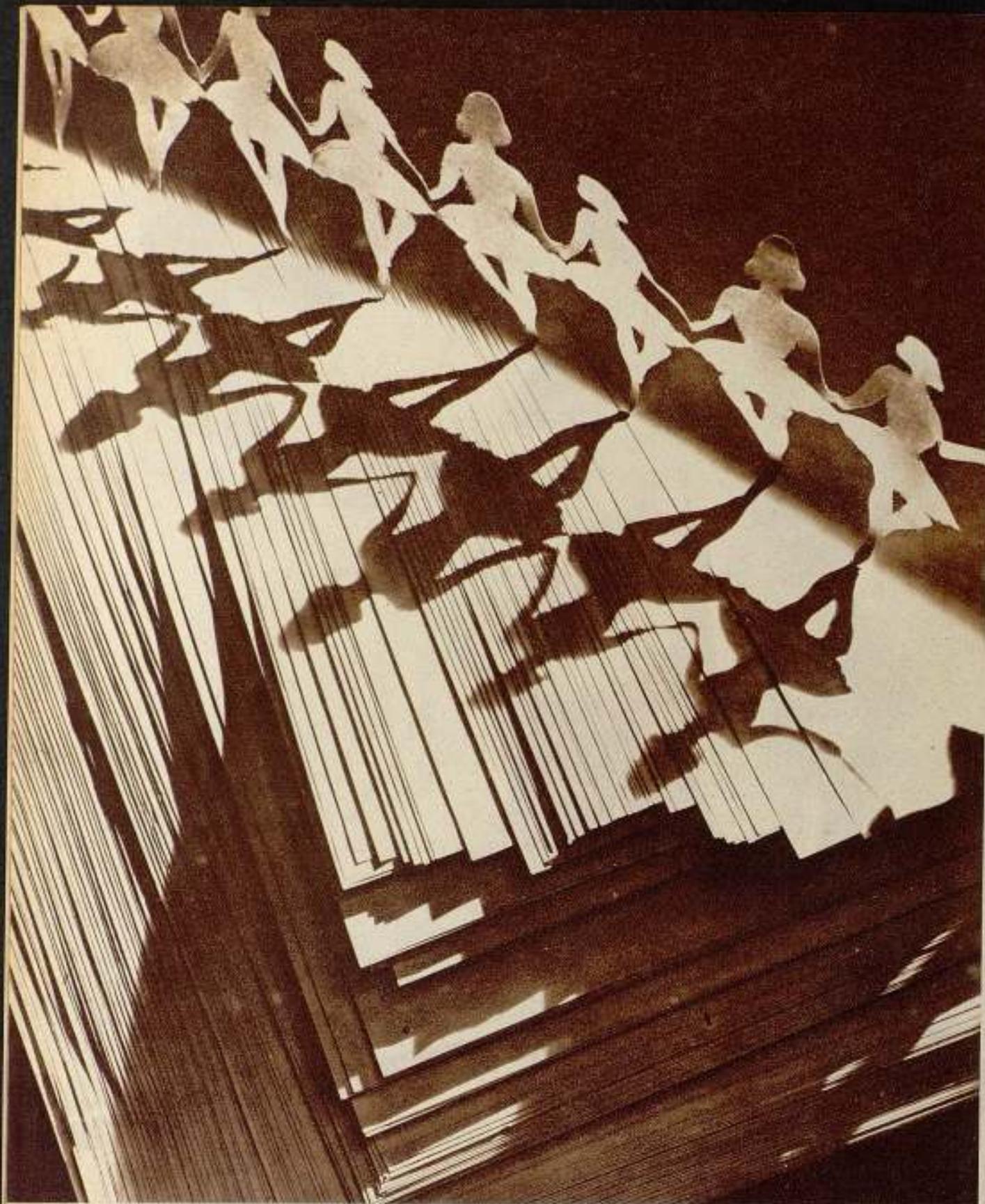
Filmoteca
B. Catalina

891-634



TRAYENTE en verdad resulta el título de esta película ENTRE LA ESPOSA Y LA SECRETARIA.

Y, además, sumamente intrigante, porque entre una esposa como Mirna Loy y una secretaria como Jean Harlow le ha de ser a Clark Gable muy difícil la elección. Aunque él, por lo visto, ha decidido no decidirse por ninguna y... se ha quedado con las dos.



CON LA PELÍCULA



PROLONGARÉIS EL DÍA FOTOGRÁFICO Y CAPTARÉIS LA INEFABLE GAMA COLORÍSTICA DE LOS CREPÚSCULOS

EXCELENTE ORTOCROMATISMO

GRADUACIÓN PERFECTA

GRAN TOLERANCIA DE EXPOSICIÓN

Garbo y desgarmo de Greta Garbo

por SINDO



Nació en Suecia esta chiquilla flaca como una cerilla.



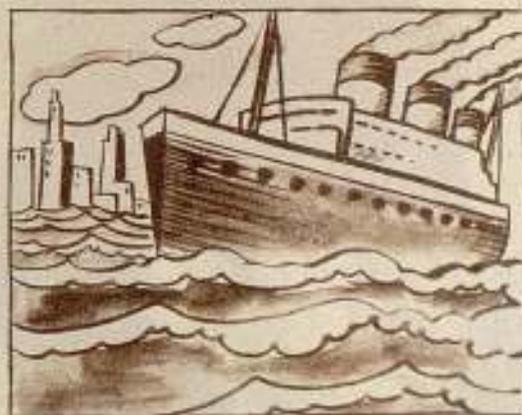
Y ya cuando joven era se metió de sombrerera.



De allí fué al conservatorio donde hizo un papel notorio.



Acabando por gustar de Greta, su declamar.



Marcha con un director a conquistar Hollywood.



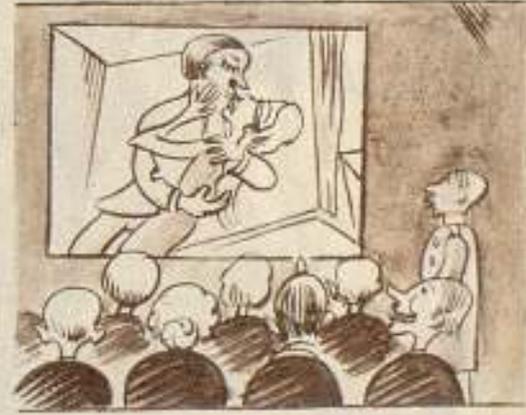
Y empezó a ser admirada Greta Garbo, desgarbada.



Y no hace del todo mal un film de «mujer fatal».



La película «El torrente» no ha entusiasmado a la gente.



Pero ha causado estupor «El vampiro seductor».



Se ocupa la prensa entera de la que fué sombrerera.



Le gusta el campo y el mar y no hacerse retratar.



Y aquí acaba la historieta de la «misteriosa» Greta.

Joel McCrea

Galán joven
de la
pantalla



A menudo, cuando se habla de Hollywood, la ficción y la exageración evocan una ciudad ultramoderna de poseurs y neurópatas. Eso que en inglés se denomina «sophistication», aunque con frecuencia sea vanidad barata, surge como la cualidad excelente de la aristocracia cinematográfica. Pensemos en Greta, en Marlene, o en la heroína de Sylvia Scarlett como seres que marcan indefectiblemente las cualidades máximas del ambiente. Y, claro, en un mundo donde triunfa la falsificación de toda realidad, casi es increíble la presencia de un hombrón sincero y campechano, de un actor de cine que lo mismo es actor de cine como podía ser profesional de cualquier otra humana actividad, en fin, del famoso Joel McCrea.

La suprema admiración del intérprete de *Barbara Coast* es la naturaleza, principio y fin de todo lo que nos rodea. Joel, desde niño, manifestó su inclinación a la vida del campo y no tuvo nunca otra aspiración que la de poseer algún día un magnífico rancho donde cabalgar desde la mañana hasta la noche bajo el sol ardoroso de los llanos, tostado por el viento y el trabajo.

Esa vida sana, sencilla y tal vez la más opuesta a las costumbres e ideas de Hollywood, hubiera sido la delicia irremplazable de un hombre que no ha nacido para el gran mundo, ni para los donjuaniscos complicados y novelescos. Joel consideró siempre su actor favorito de la pantalla al famoso William S. Hart de hace años, al cowboy que todos conocimos cuando éramos niños y que hoy ya no sueña ni trueno. McCrea iba a la escuela en la ciudad de Hollywood y tuvo oportunidad de conocer a los hijos de muchos famosos astros. Su familia era acaudalada y gastaba fuertes sumas de dinero en la educación de Joel. Entre los compañeros de escuela estaba Douglas Fairbanks Junior y tal vez esta casualidad y el hecho de haber vivido la niñez en Hollywood fue la verdadera causa que poco a poco fué desviando sus actividades hacia el cinematógrafo.

—De todos modos —confiesa el actor—, desde que mi constante ambición había sido siempre dedicarme a las labores del campo, no era raro que se despertaran más tarde en mí deseos de trabajar en films de vaqueros y aventuras de los llamados *Westerns*. — He aquí la forma curiosa como se inició tempranamente su carrera cinesca.

La hija de Sam Wood, director de cine, iba a la misma escuela que él. Un día tuvo lugar una actuación en la que él y ella aparecieron juntos. Naturalmente que el padre de la muchacha, orgulloso de ella, estuvo presente. Mr. Wood se entusiasmó con la actuación y la gallarda figura del joven debutante y al concluir el acto le habló y le ofreció una oportunidad de probar fortuna en el cinema. Para Joel todo fué como un sueño portentoso y el entusiasmo por una carrera cinematográfica comenzó a acrecentarse en él de un modo rapidísimo. Inmediatamente comenzó a trabajar de partiquino en diversas películas. Y así duró más o

menos dos años. El primer rol de importancia que desempeñó fué en la película *The Jazz Age*.

—Después de años de esperar pacientemente, ocupado en desempeñar partes triviales y pasando una vida de eterna espera, al fin llegó la hora deseada y la oportunidad llamó a mis puertas. El hecho de que Miriam Hopkins fuera una de las primeras actrices con quien trabajé me ayudó extraordinariamente, porque esta extraordinaria actriz puso todo su empeño en aconsejarme y animarme, y gracias a ella logré rendir el máximo dentro de las posibilidades.

Joel, como todos los actores del cine, ambiciona partes dramáticas y detesta aquella de sus películas en las cuales no ha tenido oportunidad si no de exhibir su belleza física más bien que forzar sus cualidades teatrales. Uno de los films que reconoce como excelente oportunidad para trabajar con entusiasmo y sinceridad, fué *Private Worlds* en que apareció al lado de Claudette Colbert.

La reputación cinematográfica de este actor es un hecho establecido. Es cierto que ha contribuido definitivamente a su cimentación la extraordinaria belleza física que ha hecho de Joel uno de los galanes en la pantalla más populares. Pero, además, entre sus virtudes primordiales figura la sinceridad y una psicología transparente que hacen de él excelente intérprete del optimismo y la fe, cualidades de suma importancia en la pantalla norteamericana.

La suprema ambición de Joel ha sido una realidad fácil.

Un día, charlando con Will Rogers, Joel le dijo:

—Cuando tenga dinero, mi mayor ideal es comprar un rancho donde pueda vivir tranquilo y feliz.

Will interrumpió con gesto escéptico.

—Me temo mucho que cuando tenga usted dinero caiga en la tentación de todos los jóvenes del cine y prefiera invertirlo en un rolls-royce deslumbrante y en diversiones constantes.

Sin embargo, la predicción del famoso filósofo extinguido fracasó esta vez.

Joel posee en la actualidad un magnífico rancho que está acabado de construir y cultivar y vive en él al lado de su esposa, una de las más bellas muchachas del cine: Frances Dee. Cuando Hollywood hace el balance de sus fracasos amorosos, Frances y Joel constituyen casi la única prueba de que el amor, el optimismo y la dicha son cosas todavía realizables en nuestra época.

Frances y Joel coronaron uno de esos romances extraordinarios en Hollywood, donde el progreso paralelo es casi incomprensible. En primer lugar, esta pareja ideal data casi desde la primera edad en la vida. Se conocieron de niños. Ambos son californianos. Ambos han luchado por análogas conquistas. El amor es en ellos casi se diría un máximo común denominador. Tanto la familia de él como la de ella eran originarias de California y acaudaladas. Desde niños discutieron juntos sus ambiciones y sus desencantos. Vivían en la misma manzana y jugaban juntos en las horas que se sucedían diariamente a las labores escolares. De modo que no sorprende que el amor brotara en ellos como una planta silvestre.

Al feliz éxito de su alianza se opuso en primer lugar una idea que el intérprete de *Barbara Coast* confiesa haber constituido una de sus grandes obsesiones:

—Yo no me casaré nunca con una actriz de cine o de teatro. Dos carreras cinematográficas son incompatibles entre sí. A la larga el amor sucumbe siempre cuando los intereses de las dos personas no son análogos.

Y ante la pregunta inevitable:

—¿Cómo se explica usted, sin embargo, que casi todos los actores en Hollywood se casen con actrices?

Joel responde algo confuso:

—La verdad es que no me lo explico. Seré sin duda porque el divorcio es siempre la solución final.

—¿Será acaso esa también la solución del amor de Frances y usted?

Joel protesta irritado:

—Absurdo... Frances y yo nos comprendemos maravillosamente y, además, nos hemos conocido desde que fuimos niños. Nuestro matrimonio no fué simplemente una casualidad o el resultado de una pasión frenética. Nos casamos conociéndonos perfectamente bien y sabiendo en todo momento lo que cada uno de nosotros aportaba a nuestra unión.

Y en los ojos del galán brilla la felicidad intensa que sólo traducen los que han gustado el brebaje delicioso del amor. Hollywood discute otros matrimonios pero el de estos dos elegidos de la fortuna es sin duda invulnerable.

Joel y Frances tuvieron no hace mucho el primer hijo. La normalidad, la quietud, el optimismo son la esencia de sus vidas. Y es por eso, tal vez, que la felicidad, diosa luraña, puede sin riesgo considerarse entre sus penates protectores.

VICTOR JOSÉ SABUNI



Merle Oberon, Joel McCrea, Miriam Hopkins



Miriam Hopkins y Joel McCrea



Joel McCrea y Miriam Hopkins

(FOTOS SAMUEL GOLDWYN)

LA ESTRELLA QUE ADMIRAMOS NO ES LA MUJER QUE VEMOS

por Miguel
de
Zárraga

En el
Holly-
wood
Boulevard
nos encon-
tramos con
una opulenta
pelirroja, a la
que acompaña un
drupático muchacho
de sencillo porte, aca-
so más joven que ella,
lo que aquí a nadie
puede sorprender, risue-
nos los dos como novios
felices... Aunque ya no son
novios, que poco abundan ni
amantes, en la vulgar acepción
del vocablo, lo que tampoco ex-
trañaría. Se casaron con toda la
legalidad apetecible hace algunos
años y son los padres de una muñeca
encantadora, que de sus manos llevan...
La dichosa mamá se llamó en la pantalla,
antes de casarse, Clara Bow.

Clara Bow? ¡La fogosa estrella de tan
intenso magnetismo que hasta hubo de in-
ventarse para ella la palabra IT?... ¡La tan se-
ductora que, como ninguna, poseía y ostentaba
eso?... La misma. La que volvió locos a centenares
de hombres y acabó por casarse con el más insigni-
ficante, con el más ingenuo, con el más paciente. ¡La
que hoy es feliz, plenamente feliz, con ese hombre
bueno que es sólo suyo, y del que ella es toda ella!...
La Clara Bow de los cabarets y de los escándalos, la que
pervertía a nuestra juventud desde la pantalla, la que para
todos no era más que una llama de fuego devorador, es
ahora una modesta campesina, que vive placidamente, olvi-
dada del mundo, y emplea su fortuna, no escasa, en algo más
productivo y más honroso que el alcohol y el juego...

Nos fijamos en ella. Es alta, con belleza madura, de acentua-
das redondeces, apetitosa como fruta en sazón. Sus ojos chispean
dismulbrantes; pero su mirada es fría. No son los mismos ojos que
ahrasaban, con quemazón irresistible, a quien se atrevía a desafiarlos!

La Clara Bow de hoy es —perdóneme la comparación— una deli-
ciosa jamoncita con aires de virtud burguesa. De la Clara Bow de ayer ya
no queda casi ni el recuerdo. La de hoy, tan modosa, ¡tan cándida!, ha ma-
tado a la de ayer... Al saludarla, al estrechar su mano regordeta, nos senti-
mos un poco desconcertados. Nos colibe esta mujer tan mujer y, sin embar-
go, tan distinta de la otra.

Le preguntamos si es feliz en su retiro, y se apresura a respondernos:

— ¡Felicísima! Ahora sí puedo creer que de veras soy feliz. Cuando vivía mi otra vida, tan falsa y tan absurda, no podía serlo. No tenía tiempo ni para pensar si aquello era posible resistirlo!

— ¿No echa de menos Hollywood?

— Francamente, no. Aquí me envenenaba. En el campo, en mi casita humilde y escondida, tan lejos de esta Ciudad de Cartón, respiro aire puro! Vivo. Disfruto de mi vida. Una vida nueva que también tiene sus encantos y emborracha... de felicidad! Soy otra.

— ¿Y no piensa en la posibilidad de volver al Cine?

— Nunca. Aquello pasó como una pesadilla. ¿Quién se acuerda ya?... ¿Qué significaban mis supuestos triunfos, mis falsas noches de gloria, mi absurda apoteosis de mujer con IT?... Mi pobre IT!... ¿Y qué quería decir ese IT? IT pronuncia neutro que, según el diccionario, se aplica a cosas imaginadas, a niños de teta, y a los animales cuyo sexo no puede determinarse. IT es ESO. No tiene mejor explicación!

— Pero, aplicado a usted, significaba mucho más...

— Todo lo que querían ver en mí: mi picardía, mi fogosidad, mi atrevimiento... ¡ESO! lo que ya perdí, afortunadamente. No me cambio por la Clara de entonces. Yo no era yo. Era... lo que quisieron hacer de mí los que me explotaban...

Y, sin querer decirnos más, se alejó de nosotros con prisa, como si temiera habernos dicho demasiado... Al perderla de vista, esfumada en nuestros recuerdos, nos pareció que habíamos soñado. Pero no fue sueño: la verdadera Clara Bow era ésta... La que se siente feliz en el campo, compartiendo una vida tranquila con un camarada noble que la adora y con una muñeca de carne, que es alma y vida de los dos.

ANTE Clara Bow evocamos la historia íntima de otras estrellas que ante la pantalla nos hicieron pensar en adorables pecadoras: Joan Crawford, Mae West, Jean Harlow, Norma Shearer. Pero, ¿acaso éstas fueron nunca lo que nos imaginamos que fuesen? ¿No serían en su vida privada diferentes de cómo las vimos en el lienzo plateado? ¿La Garbo y la Dietrich son, realmente, como las vemos?

Entre todas ellas, y por simple ejemplo, detengámonos un instante no más ante Norma Shearer, la dulce ingenua de sus primeros años de artista, la complicada sensual de su segunda etapa. ¿Quién ha olvidado *The Divorcee*, *Strangers May Kiss*, *Rip-tide*? Su esposo, el opulento productor Irving Thalberg, enamorado de la ingenua, fue precisamente quien luego nos la ofreció en la pantalla como un dulce pecado palpitante! Y, por culpa de él, los que no conocieron a Norma en su vida privada, seguramente pensarían muy mal de ella. (Como el desdichado Paul Berne hizo con Jean Harlow.) Por fortuna, Norma, después de aquel memorable *Strange Intimacy* de Eugene O'Neil, hizo *Smilin', Through*, obra que ella consideró demasiado romántica, para deleitarnos luego con *The Barrets of Wimpole Street*. Y Norma ya no volvió a acordarse de aquellos otros sofisticados que tanto entusiasmaban a su esposo y productor, más atento, entonces, a los éxitos de taquilla que a los del puro arte.

Ahora, ya en pleno romanticismo, Norma Shearer se dispone a cautivaros en la *Julietta* de Shakespeare... ¿Lo logrará? Creemos que sí. Norma tiene un excepcional talento, un refinado gusto, y una altísima ambición. Su *Julietta* matará para siempre a todas aquellas otras deleznablez mujeres de ese frívolo Gran Mundo, que a tantos seduce, y que aspirando a ser un símbolo de nuestra vida moderna apenas si llega a la categoría de un modesto infiernillo terrenal...

MARLENE Dietrich — que se negó a encarnar a la protagonista de *Amo a un Soldado* y cobró 200.000 dólares por no hacer tal película — ha salido para Europa, encantada de haber filmado *Desire* con Gary Cooper.

Y he aquí lo que de ella nos dice Frank Borzage:

— Marlene no es la que las gentes se figuran.

Para todo el mundo, la historia de *Trilby* y *Sven-gali* se repite aún... Se cree a Marlene hipnotizada por Josef von Sternberg e incapaz, por lo tanto, de hacer nada lejos de la influencia de aquél. Pero tal suposición es falsa. La Dietrich, ni en la pantalla ni en su vida íntima, echa de menos a su antiguo director. Yo le he dirigido *Desire*, su última película, y quedé encantado de ella: sencilla, dócil, deseosa de complacerme, más parecía pensar en el acierto del conjunto que en el de ella personalmente. Es muy vergonzosa, como si fuera una chiquilla sin experiencia, y esto me desconcertó un poco...

— Cultivó usted mismo su amistad fuera del *Studios*?

— Por supuesto; pero, no sonría usted maliciosamente: yo soy casado...

— Y ella también...

— Pero ella suele tener siempre lejos a su esposo, y yo, por el contrario, tengo siempre muy cerca a mi mujer... Y los dos somos unos buenos amigos de Marlene.

— Como el pobre John Gilbert lo era de Marlene... y del esposo de ella... Se vió juntos a los tres en muchas ocasiones.

— Pues, mientras los vieran juntos, no había por qué murmurar. Lo malo hubiera sido que les viesen separados... Y ahora, desaparecido el desventurado John Gilbert, Marlene sale con otros... Con alguno, que no necesito nombrar, yo la he visto en esta semana más de cinco veces... Y eso no lo hacía ella cuando trabajaba a las órdenes de Sternberg, quien, a su vez, solía tener al esposo de Marlene como ayudante... Sólo que la gente ignoraba que aquél ayudante fuera el esposo.



CLARA BOW.
(Fotos Fox.)

— ¡El Esposo Desconocido! Merecía una estatua.

— ¿Por qué no? Tuvo el talento de no ser un obstáculo en la carrera de su mujer. Cuando ésta se retire del cine, joven aún y rica, ¡no habrá una pareja más feliz!

— Es usted optimista.

— Soy... director de películas desde que tenía veintiséis años, que hice *Humoresque*, y voy a cumplir los cuarenta y dos... No olvide que (Termina en la página 72)

Confesiones de un joven actor

por
Robert Taylor



Una sencilla y profunda máxima de los griegos «conócete a ti mismo» ha moldeado mi carácter casi desde la niñez y estoy convencido de que sin ella y unos átomos de suerte recogidos en el transcurso de los años, era prácticamente imposible que yo triunfara en el mundo.

Y no tengo la pretensión de juzgarme perfecto, ni tan sólo digno de dar unos consejos; sólo me limito a confesar con sinceridad la inapreciable ayuda prestada por esta máxima tan sabia. Creo que todos deberíamos meditar su gran utilidad para conocer nuestras propias posibilidades o quizás todavía más importante nuestros defectos, para estar dispuestos, cuando por una sola vez en la vida la oportunidad llame a nuestras puertas.

Mi padre era un experto y modesto cirujano en una pequeña población llamada Pilley, en Nebraska, donde yo nací, y en ella pasó los risueños y dorados días de mi niñez. Llevaba la vida corriente y normal de los chiquillos, muchas travesturas, algunos descabros, y pocos deseos de tomar en serio el estudio, pero recuerdo que fué precisamente en esta época cuando sucedió algo iniciando un cambio en mi carácter. Tenía entonces doce años.

Una noche de invierno llamaron con urgencia a mi padre para asistir a un pobre colono que precisaba inmediatamente una intervención quirúrgica. La temperatura marcaba 12° bajo cero, la granja estaba aislada, los caminos eran imposibles, pero mi padre no vaciló y yo obtuve el preciado honor de acompañarle. Sobre la mesa de la cocina, única disponible en aquel humilde hogar, convertida en mesa de operaciones, empezó una lucha cuerpo a cuerpo con la muerte.

Han transcurrido los años pero la escena se conserva vívida y luminosa en mi cerebro. Mientras asistiendo con mi ignorancia procuraba ayudar preparando agua hervida, esterilizando los instrumentos, arreglando gasas, en un silencio imponente sólo interrumpido por los gemidos del moribundo y el monótono tic tac del reloj, mis ojos fascinados no podían apartarse de aquellas hábiles y queridas manos que rescataban un cuerpo humano del dolor y de la muerte.

Sólo tenía doce años pero me impresioné tanto que juzgué llegada la hora de orientar mi vida. Sería cirujano — naturalmente el más famoso del mundo —, y sobre esta decisión tejí los más esplendorosos sueños que puede forjar una mente infantil.

Mis padres, aunque algo escépticos de mi vocación, no pretendieron disuadirme y poco tiempo después ingresaba en el colegio de Pomona (California) para iniciar mis estudios superiores. Debo confesar que no tenía una idea muy clara del trabajo que me esperaba; la imagen de mi padre salvando la vida al colono, estaba impresa en mi mente, y para conseguir semejante habilidad necesitaba estudiar medicina.

Transcurrieron algunos cursos y al evolucionar también cambié de idea trocando el escápele de cirujano por la pluma del economista. Extraño cambio, ¿verdad? Y sin darme cuenta, insensiblemente, estudiando economía me apasioné por la filosofía. El estudio analítico de un sujeto me apasionaba tanto como en mi infancia una operación quirúrgica. Pero

un curso antes de terminar mi carrera, el destino me señaló otro rumbo muy distinto.

Creo que nadie ignora que en los grandes centros de enseñanza americanos además de practicar toda clase de deportes también se rinde culto a la musa Talía, celebrándose competiciones que estimulan los respectivos elencos teatrales. En el colegio de Pomona donde cursé mis estudios, teníamos cierta fama; verdad es que al representar lo hacíamos con todo el entusiasmo de nuestra juventud, y así interpretando distintos papeles hice mi aprendizaje de actor. Poco a poco nos atrevíamos con obras de mayor magnitud hasta culminar con la obra de R. C. Sherrif titulada *Journey's End*. Fué un éxito delirante que se repitió a cada representación.

Y el destino de nuevo dió otro empujoncito a mi vida, al recibir proposiciones de Hollywood ofreciéndome un contrato para trabajar en el cine.

¡Qué rudo golpe para mis filosóficas resoluciones! Fueron unos días amargos, la incertidumbre y las vacilaciones llegaron a enfermarme, pero de Hollywood me exigían una inmediata respuesta y no podía demorarme más. Hice un profundo examen de conciencia y decidí que la familia Broughs — mi nombre verdadero — no se consideraría deshonrada y que el pan ganado con el sudor de la frente es mejor con mantequilla y una gruesa capa de mermelada.

Y aunque parezca incongruente en aquellos momentos difíciles, la filosofía vino en mi ayuda y fué al cabo de largas meditaciones que acepté la oferta con algunas salvedades.

No tardé en comprobar la inmensa eficacia de la vieja máxima, al encontrarme ante la cámara escrutadora y el micrófono sensible, jueces severos y rigurosos, pero no tanto como podía serlo yo mismo. Y gracias a ella mi contrato de prueba se ha transformado en algo más serio y apreciable, reduciendo las incorrecciones a un mínimo y modificando mi actuación en los quince meses que llevo trabajando como actor.

La filosofía no sólo me ha guiado en los primeros y vacilantes pasos en el cine, sino que también ha sido una excelente consejera en otros momentos difíciles. Con mayor intensidad dejó sentirse durante las distintas fases de la filmación de mi última película *Sublime obsesión* cuyo desarrollo exigía del protagonista la interpretación de cinco caracteres distintos.

En las primeras escenas represento al muchacho joven, rico, libre como el aire, siempre dispuesto a divertirse y a tomar la vida en broma. Pero este carácter alegre e indolente me conduce a un trágico suceso, y entonces en aquellos instantes de horror me doy cuenta de la inutilidad de mi vida. Siguen momentos de tal desesperación, como si mi mente fuese virgen de toda idea, y de pronto con la mujer adorada entre los brazos, surge la gran resolución.

Dedicar toda mi vida a un solo y único ideal. Reparar en lo posible todo el mal que mi indiferencia causó al mundo y sólo la cirugía puede colmar mis grandes deseos de servir a la humanidad, salvando a la sola mujer que supo despertar mi corazón.

Y mientras se desarrollaban las escenas me sentía tan compenetrado con el protagonista que dejaba de ser Robert Taylor para convertirme en Robert Merrick, el de la sublime obsesión, y ya fuera de los estudios seguía viviendo la magnífica tragedia del hombre que llegó a conocerse a sí mismo.

Indudablemente otros actores de más experiencia y mayor intensidad artística hubiesen dado al carácter de Robert Merrick otra interpretación, pero tengo la absoluta certidumbre que ninguno hubiese vivido como yo esta sorprendente biografía, que en parte era la expresión de mis propios sentimientos.

Pero quizás por estas confesiones me juzgan un muchacho terriblemente serio, indiferente a las apasionadas emociones de un partido de football o de polo, despreciando los placeres de un baile o de un viaje de recreo, siempre dispuesto a teorizar sobre filosofía.

No, nada de eso; mi máxima preferida «conócete a ti mismo» me ha demostrado que mi juventud necesita de sus momentos de alegría y expansión y pienso que mis amistades no me creen tan filósofo como soy en realidad.

ROBERT TAYLOR



FilmoTeca
atalunya



Fotos Universal



Fotos Warner Bros





THE
CANDLES

www.royal.com

EL PRIMER ANIVERSARIO de

Biblioteca
de Catalunya

Carlos Gardel y Rodolfo Valentino. — Las mujeres que le amaron y se suicidaron por él. — Su más grande amor y su verdadera devoción amorosa.

Como es sabido, Rodolfo Valentino fué, en su época, el galán de la pantalla más idolatrado por el bello sexo. Como a Gardel las mujeres también se lo rifaban y las cartas amorosas y galantes daban no poco trabajo a sus secretarios, pues verdaderamente llovían de todas partes.

Valentino, a pesar de los defectos de su carácter, fué objeto del más rendido culto femenino. Por el contrario, Gardel, no tenía ninguna aspereza de trato ni esas extravagancias y gestos bruscos y despóticos que solía tener el llorado «Ruddy». Por éste, la admiración y el amor femeninos, con ser inmensos, no llegaron al extremo de «quitarse la vida», suicidarse por no poder resistir la tremenda pesadumbre de la muerte del artista. Por Gardel, sí algunas se suicidaron a raíz de su muerte y no pocas sufrieron durante mucho tiempo un gran desequilibrio nervioso, una neurostenia profunda y casi mortal.

Cuando el 24 de junio de 1935, da el cable la noticia de su trágica muerte, las prensas gimen: revistas y periódicos ostentan profusión de fotos de Gardel y gran número de mujeres hacen declaraciones sensacionales a los periodistas, al hablar de sus amores con el divo del tango.

La señorita Sancha Gallardo, de diez y nueve años, en San Juan de Puerto Rico, y la señorita Estrellita del Rigal, de veinte, en Nueva York, rinden su último tributo de indiscutible «camare» a quien cariñosamente llamaban Carlitos Gardel, tratándole de suicidarse; dos tentativas de envenenamiento que, afortunadamente, no tuvieron resultados funestos.

Amelia Castillo, que habitaba un rincón de la provincia de Santa Clara, en Haití, conoció a Gardel con motivo de una visita que ésta hizo a aquellas islas para filmar una película. Era casi una niña. Entre ella y Gardel no hubo más que unas sencillas escenas idílicas, un simple «flirt», si así puede llamarse «aquello». Marchó Gardel y en manos de Amelia quedó una fotografía dedicada. Luego, llegaron unos cartas cariñosas de Gardel a la sencilla campesina.

Cuando Amelia recibe la noticia de la trágica muerte de su ídolo cree enloquecer y se resiste porfiadamente a alimentarse. No hace más que llorar, su tensión nerviosa

llega a un límite que no puede dominar y, desesperada, loca de amor — ¡qué concepto tan puro y delicado tiene en esta ocasión la frase «loca de amor!» —, prende fuego a sus ropas y muere carbonizada, como su bien amado Carlos...

Baldomera Pérez (¡qué nombre tan prosaico!, ¿verdad?), enfermera de un hospital de la Habana, de veinte años, profundamente apenada por la muerte de Carlos Gardel, se roció las ropas con petróleo, prendiéndoles fuego y muriendo carbonizada.

En realidad, ¿amó Gardel a alguna mujer? Que fué amado por éstas hasta el sacrificio de la propia vida, de la propia salud, hasta el punto de sacrificar por el cariño del divo, reputación, posición, todo, es cosa patente. Ahora que... correspondiese justamente Gardel a alguna de sus muchas amantes, esto... nos resistimos a creerlo. Entiéndase bien: nos referimos a esas mujeres que empezaron por un galanteo fácil, por una aventura y convivieron más o menos tiempo con él.

Perlita Greco, la popular «vedette» argentina del género frívolo, fué una de las novias de Gardel. Ella misma cree que el artista jamás puso en ninguna aventura su corazón. Y hace esta confesión:

—A veces he pensado que él no quiso de veras a ninguna mujer, que su verdadera y única pasión era su madre. Siempre hablaba de ella.

Gardel, en ocasión de su última visita a Barcelona, dijo a un periodista:

—Después de mi madre, sólo quiero a una mujer en el mundo, y ésta vive en Italia.

Era una muchachita paisana suya — ¿francesa?, ¿uruguayana? — muy linda, con una voz encantadora de tiple ligera, a quien envió a Milán a estudiar con los mejores profesores, atendiendo él a todos los gastos. Aquella bella mujercita, una chiquilla todavía, fué el amor más puro y recóndito de su existencia. La sentía dentro de él, con pasión verdaderamente dulce y romántica. Al hablar de ella, su verbo era cálido y elogioso, sus ojos se humedecían, porque la recordaba tan linda, tan niña, tan inocente y enamorada de él. Le contrariaba, sin embargo, la diferencia de edades, ya que Gardel pasaba con mucho de los cuarenta...

¿Dónde nació Carlos Gardel? — Varias ciudades se disputan la primacía de contarle por hijo. — El verdadero apellido suyo.

La patria de los grandes prestigios universales suele ser discutida a veces. Con frecuencia son ingratos con sus hijos, máxime si éstos llegan a la fama. Entonces tienen a gala disputarse la cuna, la paternidad de sus héroes, en cierto modo. En este caso se encuentra Carlos Gardel. Le sucede lo mismo — guardando las distancias — que a Cervantes y a Cristóbal Colón. Igual que a quien se considera pa-



Foto Paramount

Carlos Gardel

de la Poesía, el divino Homero, a quien siete ciudades de Grecia se disputaron la gloria de haberle visto nacer.

¿Nació Carlos Gardel en Francia o en América? Más concretamente: ¿en Toulouse, en Montevideo o en Buenos Aires? Con franqueza es este un punto que permanece un poco oscuro todavía. En concreto, de manera rotunda, no puede afirmarse cuál sea la patria del malogrado «rey del tango».

Felipe Sassone, gran amigo suyo, afirma, con ocasión de su trágica muerte, que Gardel nació en Montevideo. El cónsul de esta nación en Barcelona, sostiene también que Gardel vio la luz primera en la capital del Uruguay, donde consta su partida de nacimiento.

Los argentinos —¿cómo no?— mantienen que en Buenos Aires, y los franceses, que en Toulouse. Esta última afirmación parece la más probable y la que merece más garantías de autenticidad.

La casa de los Gardel, verdadero apellido de Carlos Gardel, se alzaba junto al Canal, en Toulouse, a la sombra de los plátanos que adornaban su paseo. Allí vivía Carlos Gardel con su madre Berta Gardel y dos tíos suyos.

Su marcha a América. — Vendedor de periódicos y cantante callejero. — Felipe Sassone habla del tango y de su mejor intérprete.

Cuando Carlos Gardel salió de Francia en compañía de su madre, el calendario marcaba esta fecha: 12 de mayo de 1892. Le faltaban cuatro meses para cumplir la edad de dos años que ya cruzó por primera vez el Atlántico para fijar su residencia en Montevideo, donde pasó su infancia.



Carlos Gardel e Imperio Argentina en MELODÍA DE ARRABAL (Foto Paramount)



Carlos Gardel, durante su última estancia en Barcelona, acompañado del periodista Francisco Aguirre y del que fue as del foot-ball José Samitier



El malogrado Carlos Gardel en una escena del film CUESTA ABAJO

Fue en la capital del Uruguay, donde experimentó las primeras sensaciones bellas de su vida y comenzó a sentir inclinación por el mar. Le gustaba que le paseara su madre por el puerto para poder ver de cerca todo aquel poema de mástil, cuerdas y chimeneas que le proporcionaba un gran contento a pesar de que no llegaba a comprenderlo bien.

Más tarde se trasladó con su familia a la capital de la Argentina, en uno de los vapores fluviales que hacen la travesía del Río de la Plata, entre Buenos Aires y Montevideo. Era a fines del siglo pasado, cuando el tango se bailaba en los «botiches» portuarios o cafetines de arrabal, al son de violines y acordeones. Por aquella época, la hermosa capital porteña tenía como una gran litografía colgada sobre el mar, que representaba al bravo gaucho pampero, de fieltro holgado, el bombacho «chiripá» bordado de flores, las botas de potro, el «robenque» al hombro, el ceñidor de cuero con monedas de plata, y en él prendidos el «lizo», las «boleadoras» y el «facón». Ese tipo con aire crepitante de espuelas, ágil y guerrero, amigo de caballos y mujeres que hacía punteado de estrellas dando con sus pies en el suelo y destapaba los «canecos» de ginebra guapamente, cual uno de aquellos centauros de fabula de que hablaba Rubén Darío. Cuando la gente de otras latitudes, especialmente la de acá, se enfebrecía pensando en América donde creían hallar fortuna: «En Buenos Aires se gana la plata a manos llenas», oíase decir. Entonces la palabra «indiano» — hoy equivalente a «nuevo rico» — tenía un mágico atractivo y fue la obsesión de todo emigrante hasta hacerles oír más lustros. Entre aquel bullir y rebullir de aventureros de toda condición social, de todas las razas y todos los colores, bajo un ambiente de lucha, de ambición, de sudores y espejismos, hubo de comenzar una nueva vida el que, andando el tiempo, se convertiría en idolo de las mujeres, conquistando el mundo con su voz baritonal, llena de inflexiones tiernas y voluptuosas, grave y muy bonita, a pesar de ser corta de extensión y escasa de volumen.

Halló alojamiento con sus padres en un inmueble modesto, que abandonaron luego para ir a vivir a otro de la calle Rodríguez Peña, 451. Entonces, Carlos Gardel, que así se llamaba todavía, se vio precisado a vender periódicos para ayudar al sostenimiento del hogar.

Recorría las calles vocando, con el ansa de acabar pronto con el papel que llevaba bajo el brazo para reunir unos centavos y llevárselos a su madre. Vivió los panoramas nocturnos, cuyas luces entristecieron su alma. Vagaba por las

pasas asfaltadas y las calles mal empedradas de la ciudad. Conoció el misterio, la alegría y el pintoresquismo de las noches llenas de música y canciones en los buertos portuarios; la multitud y el vicio confundidos con notas de violines y bandoneones, que le hicieron sentir prematuramente cuánto de falso, equivoco y miserable, tiene la vida.

Al cabo de algún tiempo dejó de vender diarios. La situación del hogar había mejorado. Su madre se lo dijo un día:

—Desde mañana, ya no venderás periódicos.

—¿Por qué lo dices, mamá?

—Porque ya puedo valerme sola y quiero que estudies.

Y el pequeño Gardel fue a la escuela. Pero la calle siguió ejerciendo una gran influencia sobre él. Todavía el gran reloj urbano contaba sus horas, viéndote deambular por las calles de noche, aquellas que iban a morir al mar o se perdían en otras donde se abrían las brechas iluminadas de los establecimientos con risas, chocar de vasos y canciones. Parece decirse que la calle fue el escenario donde se reveló como cantor de tangos, improvisando en ella sus primeros versos y sus primeras notas musicales.

Tenía una naturaleza sensible —diríase precozmente artística—. Cualquier contrariedad, una broma pesada de sus compañeros de juegos y travessuras le hacían llorar, en vez de tornarle furioso. Era un procedimiento de que se valían a veces para hacerle cantar. Aunque cosa rara, de este modo —cantando— se le pasaba el enfado, y deleitaba los oídos infantiles de sus amigos.

—Vos, che, sois un sentimental. Por nada «chaos» pucheros.

—¿Tienes que cantar?

Y el futuro astro del tango «se arrancaba» con una melodía improvisada que le transformaba por completo. Le brillaban los ojos con luz extraña y la emoción del arte se pintaba en sus mejillas, prontas a ruborizarse y una sonrisa triste y pálida flotaba por sus labios, como una nubecilla tenue y azul por el cielo limpiado de una bella tarde.

Quizás ni él mismo podría haberse explicado de qué modo, en qué instante decisivo de su vida despertó en su alma la afición al tango y a las canciones populares. Fue algo imprevisto y divinamente inesperado, como «suprema» inspiración de gran poeta. Era un rapazuelo aún, que travesaba por las calles como tantos otros y ya brotaban de él canciones muy estimables, que entonces con voz melodiosa y un sentido del arte digno de consideración.

Alguien le sorprendió un día cantando en el arroyo y pensó que en aquel muchacho había «madera de artista», que pudiera llegar a ser famoso. Y le brindó su apoyo desinteresado, su amistad sincera. Esa especie de hada, de oportuno Mecenas de los artistas pobres y miserables, se le apareció a Gardel en aquel amigo. Fue el primer eslabón de una cadena ininterrumpida de triunfos. Amistad que le hizo contraer otras muchas, valiosísimas algunas.

Por entonces, quizá en 1917, imperaba en los escenarios americanos la danza argentina, lánguida y sensual —languidez americana y voluptuosidad de Italia, como dice Felipe Sassone—. Era una danza sin voz, de la que el alma criolla estaba ausente; algo frío, sin fuerza ni expresión. Carlos Gardel, con su invención del tango, causó una revolución. El mágico encanto de la palabra prendió en las almas con llamarada de fuego. Melodías, ritmos, expresiones débiles y quejumbrosas del alma criolla, cobraban un encanto y una fuerza insospechados en el tango. La danza se hizo canción, y al tener ya la eficacia positiva, tangible e inmediata del verbo, adquirió proporciones enormes, que llevaron el latido del corazón americano a las más apartadas regiones y a los más extraños países.

Carlos Gardel comenzó cantando en sociedades y peñas benéficas más tarde, en «soirées» y fiestas aristocráticas. El artista empezaba a saber sonreír, vestir bien y ser admirado.

Es indudable que Gardel fue un artista en toda la acepción de la palabra, en su sentido más puro; un enamorado del Arte, «que se formó solo», por su propio esfuerzo, con una voluntad extraordinaria para aprender y superarse.

De lo que decimos da idea el diálogo que con el artista mantuvo Felipe Sassone en ocasión de hablarse en los estudios Paramount, de Joinville, cuando fue encargado del diálogo de la película *Esperame*:

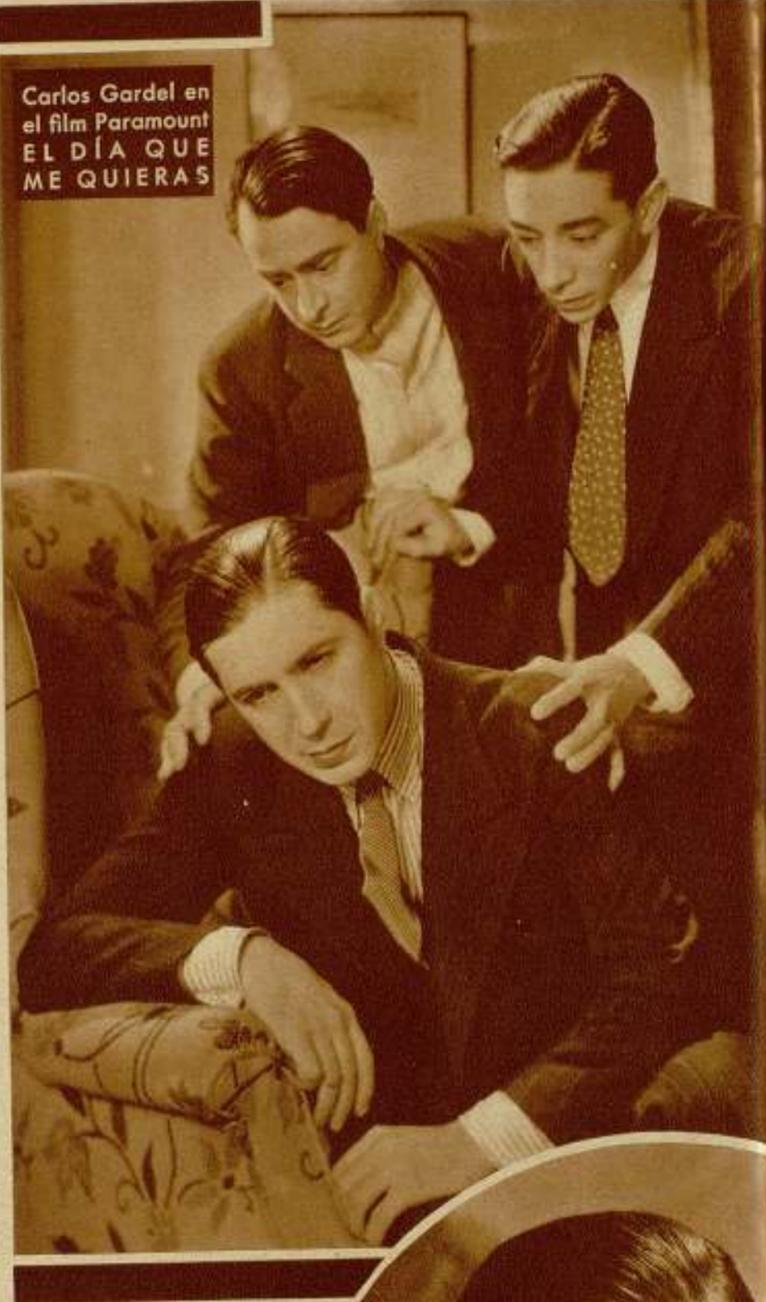
—¿Has estudiado?

—Yo solito, no más! De tanto oír a los grandes, che! ¡De tanto «furrear» con Tilita Rufo y con Caraso! ¡Canto ópera también, no voyas a creer...!

Y se empuñó en que cantáramos juntos el dúo del segundo acto de *La fuerza del destino*.

Gardel, como tantos artistas de la pantalla, como Charlott mismo, empezaba a saborear las mieles del triunfo.

Carlos Gardel en el film Paramount EL DÍA QUE ME QUIERAS



Su debut como profesional en el teatro Astral de la ciudad del Plata. — El tango a que debió su popularidad.



Noche del debut. Emoción, nerviosismo, más bien inquietud en Gardel, propia de un artista que se enfrenta por primera vez con el público, ese terrible juez que con tanta facilidad hunde un artista como lo eleva rápidamente con sus aplausos nutridos y entusiasmados.

Su protector está con él. Le da fuerzas, le anima en esos momentos críticos y le asegura que posee una voz maravillosa, verdaderamente extraordinaria, para aumentar la confianza en sus propias fuerzas. Que el triunfo es seguro si él consigue dominar un poco los nervios, serenarse.

—No tengas miedo, che. Estáte tranquilo, no más. Vos vas a conseguir un éxito grande con ese tesoro de voz que Dios os ha dado.

Gardel consigue un éxito rotundo con el encanto de su palabra y el arte exquisito con que raspa la guitarra. Del clásico instrumento van surgiendo melodiosas notas que riman admirablemente con su voz, corta y de escasa extensión para ser un gran héroe; pero, en cambio, posee un bello timbre «que llega al alma» y está dotada, en fin, de un sentimiento exquisito.

«Cuando las notas de los bandoneones gimen de pena por el arrabal, no hay quien resista de los corazones como el mío no se ache a llorar...»

dico la letra del tango *Mi noche triste*, en la noche de su debut.

—¿Contento? Si, estoy contento; tan contento, que siento ganas de llorar... — respondió Gardel a sus íntimos, a su protector, esa noche.

La vida comenzaba a mostrarse su faz alegre. Un camino suave, blando y flojido se alargaba incitador en la mente de Carlos Gardel, que sería desde entonces para sus admiradores y para el público en general, Carlitos Gardel.

Este su primer triunfo le dió, sin embargo, una gran seriedad, mezcla de preocupación extraña y honda. Sin duda, se daba cuenta del esfuerzo que debía realizar en lo sucesivo para gustar como entonces al público, a los más diversos públicos. Se daba exacta cuenta de que un horizonte delirioso se abría en la mañana de su juventud, empero tenía algunas nubes: la responsabilidad del artista consciente, la misma conciencia que en adelante tendría su labor. Cosecha de aplausos y beneficios, sí; pero también sientra de esfuerzos y trabajos y privaciones voluntarias, pues sabido es que no hay fruto sin semilla ni recompensa sin esfuerzo, ni triunfo sin sacrificio.



Carlos Gardel y Rosita Moreno en una escena del film Paramount TANGO BAR

Para alejar en lo posible su preocupación, su amigo y protector se lo llevó a un cafetúcho de arrabal, frontero al mar. En aquel astro que oía a brea, a tabaco y perfumes baratos, Gardel, espoleado por el violín y los bandoneones de aquella orquesta absurda, cantó, cantó...

—¡Madre de bobert! — pidió de pronto — ¡Quiero divertirme! ¡Quiero aliviar! — Olvidar qué? Lo que hemos dicho antes. La magnitud de su labor artística comenzaba a abrumarlo, le abrumaba ya, lo que habría de constituir su preocupación trágica, plena de renunciaciones y saturada de esfuerzos morales. — ¡Emborrachémonos!

En vano la risa de cristal — rota cristal — de una «cheta» de faldita corta y cabellos de tubo mudo, trató de sacudir la melancolía del criollo bien vestido.

Del teatro Astral, de Buenos Aires, pasó a Montevideo con éxito crecientemente. El tango a que debió su popularidad fue el titulado *Comparsita* que hizo furor en Europa y América a raíz de ser impresionado en discos.

Paris convierte en ídolo al artista y comienza su leyenda de gran amador que se deja amar por las mujeres.

Después de recorrer, siempre en triunfo, América del Sur, sintió deseos de cruzar el Atlántico, de trasladarse a Europa. Sin embargo, no se decidía del todo, temeroso de que sus canciones, por ser en idioma extraño, no fuesen bien acogidas en otros países.

Un día desembarcó en el Havre dispuesto a conquistar París, meta de los artistas y sueño dorado de todo espíritu bohemio y sentimental. Más particularmente su Barrio Latino, centro de estudiantes, «grisettes» y artistas que lo inmortalizó Enrique Murger.

Empezó por tomar parte en fiestas de caridad y espectáculos benéficos,

hasta que alguien, ese alguien que siempre surge en el camino de todo artista que realmente vale, le ofreció un buen contrato en un «music-hall».

...Y en París, en ese París de ensueño y de leyenda cosmopolita, aventurera y sensual, dió Gardel los primeros pasos de su dorada bohemia de artista popular y mimado que poco después habría de ser ídolo de las mujeres de todo el mundo.

En los grandes carteles de los mejores teatros parisienses, como el Théâtre, l'Empire y Palace, el nombre de Carlos Gardel aparecía con letras grandes y harto vistosas, como un homenaje a la frivolidad de su arte.

La época de los tangos se iniciaba. Francia, España... Europa, en fin, vibraría de emoción sentimental, de pasión por el tango, esa dulce tanción reflejo de su Tierra argentina, la cuna, en realidad, de Carlos, inventada por él...

Bien pronto millares de cabezas femeninas soñarían con el hombre, con el artista que poseía una voz maravillosa, de un sentimentalismo dulce y lánguido... y que sabía sonreír tan bien, que sonreía siempre, con una sonrisa juvenil y franca que valía todo el oro del mundo...

Muchas veces la fama es compañera del amor, el reverso de la medalla. De la admiración femenina al amor, al apasionarse sinceramente del hombre que se amaba, hay un paso. Y Gardel pudo gustar — en esta tercera etapa de su carrera artística — las mieles y el dolor de las aventuras galantes y la pasión de Venus Afrodita. Mujeres de todas las categorías sociales se le rindieron por el milagro de su voz y de su sonrisa y de su carácter sencillo y jovial...

Gardel pudo gustar y saboreó en París el poema del amor, que es más bello que la gloria, al decir de Madame Staël.

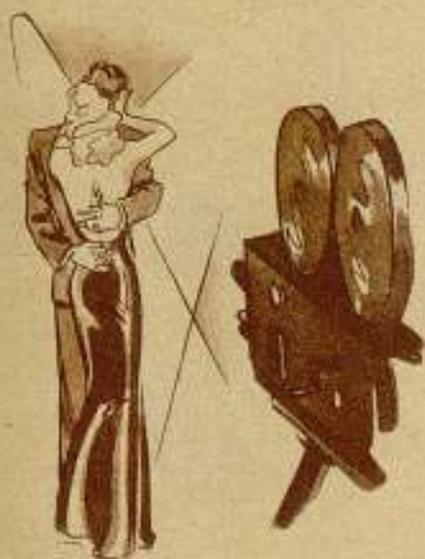
Aventuras fáciles, con su cortejo de noches de fiebre amorosa sobre blandos cojines, espumante champaña y tabaco rubio; dulce reposar sobre unos senos de mujer... Deambula por París, por las orillas del Sena, con una linda

(Continúa en la página 27)

*Catalina
Bàrcena*



Beverly Roberts



Warner
Baxter



Laren Morley



Foto M.-G.-M.



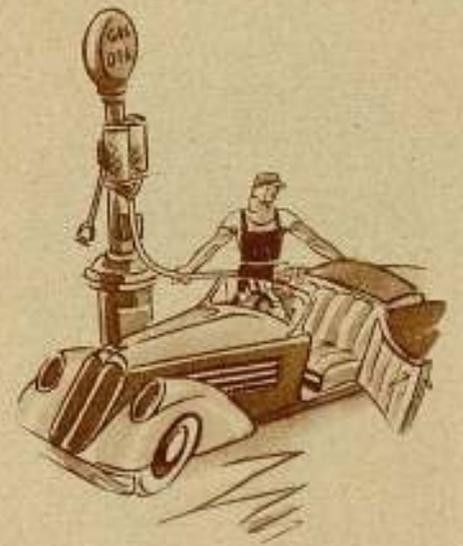
*Dolores
del Rio*



Randolph
Scott



*Centruide
Michael*



Myrna
Loy



Pastora Peña



Custaw Fröhlich





*Blanca
Vischer*



Pert Kelton



LENTAMENTE, como a pesar suyo, la gente abandona Covent Garden, donde Grace Moore acaba de ofrecerles el regalo de su voz maravillosa. Su interpretación de Mimi en «La Bohème» ha levantado tempestades de entusiasmo, y cuando después de salir a escena infinidad de veces por última vez ha descendido el telón, el público sale silencioso como si no se atreviese a romper el mágico hechizo de su voz.

Y entretanto la célebre cantante, acompañada de su esposo Valentín Parera, sale por una puerta trasera y se dirige a su casa.

Grace Moore es la que se llama una mujer «chica».

Joven, esbelta, elegante y bella, diríase la encarnación de la divina juventud. Su silueta de mujer moderna y deportista es la viva imagen de la perfecta estrella de la pantalla.

Con ella termina la clásica leyenda de que las sopranos sólo vivían para su garganta con el constante temor de perder su voz, mientras el cuerpo se atrofiaba por falta de ejercicio y en la escena aparecía una ingenua Margarita o una melancólica Mimi, que era preciso escuchar con los ojos cerrados.

Diariamente practica sus ejercicios físicos de una manera racional y gradualmente que no la perjudican, sino al contrario, le permiten un mayor esfuerzo y al mismo tiempo le proporcionan una fina silueta completamente a tono con los tiempos actuales.

Al hablar por primera vez con la famosa cantante y célebre estrella se recibe la impresión de hallarse en presencia de una mujer con carácter, impulsos irresistibles, irradiando simpatía y bondad, firme en sus propósitos y decidida en sus actos.

Posee una cultura sólida y extensa, por dos veces ha dado la vuelta al mundo y conoce perfectamente las diferentes formas de reaccionar su público según las razas y las naciones.

Es caritativa, y conociendo su debilidad, muchas veces ha sido sorprendida su buena fe, haciéndola víctima de vergonzosos abusos de confianza que la dejan sorprendida y apenada, pues realiza el bien como un impulso necesario a su alma, sin pensar que existen seres incapaces de comprender tan sublime sentimiento.

Siempre ha sido feliz, ningún dolor ha enturbiado el puro azul de sus ojos bellísimos, ni ha borrado el atractivo de sus bellos labios sonrientes.

Toda su vida ha sido un suave y florido sendero por donde se ha deslizado sutil e ingrátida, como si un mágico encanto la protegiera de las crueldades y sufrimientos del vivir humano.

Su nombre es sinónimo de belleza, de triunfo, conote de la gloria sus horas de embriaguez delirante y su camino siempre ascendente le conquistará ahora en el cine millones de admiradores que no podían escucharla personalmente.

El cine difundirá por el mundo entero la maravillosa dulzura de su cálida voz y si como cantante tiene ya cimentada su fama, como artista cautivará al público por la gracia y el encanto de su exquisita femineidad.

Matilde ARMENGOL

GRACE MOORE



Grace

MOORE



Filmoteca
de Catalunya

Foto Columbia

Jean Parker



ESTA sugestiva y bella actriz, que tras unos años de ausencia volvió a la pantalla con más éxito que nunca, cuenta treinta y dos años de edad y vió el mundo en Kinsey (Illinois), el día 6 de mayo de 1904.

En 1926 se casó con el director Kenneth Hawks con el que vivió dos años de gloriosa felicidad. Pero el destino cruel deshizo aquella dicha que no parecía tener fin.

Mientras se filmaban unas escenas de aviación, un accidente inesperado y funesto hizo caer uno de los aviones, con tan mala suerte, que costó la vida a Kenneth Hawks.

De resultas de aquella muerte, Mary enfermó gravemente y tuvo que ser recluida en un sanatorio. Después de largo tiempo, al abandonarlo,

en la artista se operó una gran transformación. El dolor había dejado profunda huella en su alma y en su cuerpo. Estaba más delgada, su rostro era pálido y parecía nimbado de tristeza.

Pero tuvo que volver a vivir y luchó con denuedo hasta aparecer nuevamente en el lienzo blanco, consiguiendo en poco tiempo granjearse la admiración de todos.

Allá por el año 1931 contrajo segundas nupcias con Frank Thorpe y al siguiente tuvo un hijo que es la alegría del matrimonio. Pero así y todo, algunas veces empaña su felicidad de madre el recuerdo de su primer marido, abrasado por las llamas en aquel fatídico accidente de aviación.

Foto Artistas Asociados

Foto Warner Bros Sabuni International Syndicate

Mary Astor



La encantadora Virginia Reid luciendo un delicioso vestido chaqueta de tonos claros con un original adorno de botones.
(Foto R.K.O. Radio.)

EL ARTE DEL VESTIR



Traje en paño escocés propio para viaje o deporte con ancha cinturón de piel y botones metálicos, que luce Irena Hervey.
(Foto M. G. M.)



Madona
Reid lu-
na deli-
estido
de la-
os con
ginal
de bo-
es,
(O. Radio.)



Bella combinación de falda y chaqueta en dos tonos distintos, que nos presenta Lucille Ball, de R. K. O Radio.
(Foto R. K. O. — Radio.)

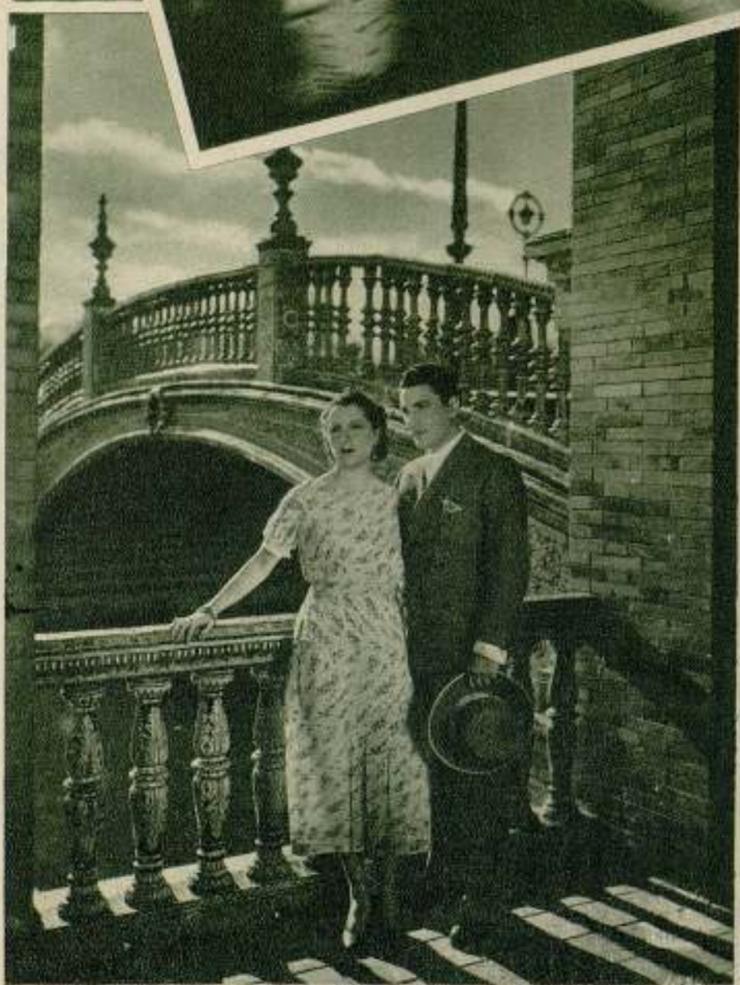
Madge Evans realza su natural distinción con un traje negro de corte severo y elegante.
(Foto M. G. M.)

ESCENAS *al* NATURAL

Otro aspecto que más debe cuidar el cine español es el de la decoración: nada mejor respecto a eso que escenarios al natural. Cuando una película tiene parte filmada en el estudio y parte filmada al aire libre, advertiréis en seguida la diferencia y veréis que ésta supera infinitamente a la otra. Nada como la veracidad. Pensad un momento en Eisenstein, en todos los films rusos, en algunos de Trenker...

La plástica de un monumento artístico, por dentro y por fuera, de una casa auténtica, de un paisaje, de un campo de trigo o de una calle con adoquines, no la pueden superar por ahora nuestros estudios con sus escenarios artificiales.

Pretender avanzar demasiado aprisa por el camino de la decoración, ha de llevarnos forzosamente a reiterados fracasos. Puesto que tenemos un buen material —magnífico— que puede servir de fondo y compañía a las escenas de nuestras películas, aprovechémoslo. Saquemos todo el partido posible del tesoro envidiable



Fotos de la película «La reina mora», producción Cifesa.

que representan nuestros castillos, nuestros palacios, nuestros jardines, nuestras casas de todos los estilos, la poesía inagotable y siempre varia de nuestro cielo, pródigo en efectos de nubes, y de nuestros campos y vegetación, que ya quisieran pastar otros países que, sumergidos en el frío y faltos de bellezas naturales, han de recurrir a menudo al truco del cartón y cuando han de filmar una escena con vegetación auténtica no tienen otro escenario que los Alpes.

La labor del momento es, pues, ésta: hacer todas las escenas posibles al natural, hasta que llevada por su desarrollo progresivo, la decoración falsa se equilibre y encuentre su camino.

¿Que hay que filmar escenas en casas de pueblo, escenarios por los que sienten gran afición nuestros directores? Pues hay casas rústicas, sin ir muy lejos, que tienen el encanto del tiempo y de su carácter especial.

Un elemento, sin embargo, nos ha de prestar su ayuda: la foto. Sin ella no es posible hacer nada bueno. La gracia de las escenas al natural estriba en la manera de comprenderlas el cameraman. Para que no queden como documentales, hay el arte plástico de la fotografía consistente en el contraste de claros y oscuros, en matizar y armonizar los líneas más interesantes del objeto y sobre todo, en la originalidad del conjunto, lo cual es cosa que no se aprende sino que el cameraman ha de sentirlo. La foto ha de ser, pues, el primer elemento para valorizar nuestro cinema en cuanto a su decorativismo. Cada imagen y detalle, por insignificantes que sean, embellecen la escena y le prestan valor poético, que es precisamente de lo que carecen nuestros decorados, cuyas «mises en scène» teatrales no tienen, por lo general, ni pizca de poesía externa.

Antes nos hemos referido a los films rusos como ejemplos de esa inclinación al natural, aunque es de advertir que la tendencia a prescindir de la falsedad de los interiores y exteriores reconstruidos es genuinamente europea y va a tener más aceptación, a medida que surjan directores de talento, y ya no decimos geniales. En algunos films americanos vemos reflejarse esa corriente: a pesar de ser de los más reacios en aceptarla, pues por motivos distintos no les conviene.

Alemania es la nación que sigue a Rusia en esta cuestión, pero aún escasamente. Y es que los alemanes, como los rusos, no necesitan, como nosotros, de los escenarios al natural, puesto que cuentan con medios y técnicos ex profeso preparados y, sobre todo, con una larga experiencia. Así, rodar escenas fuera de los estudios es para ellos más bien un capricho que otra cosa. En cambio a nosotros, bien lo veis, nos es de momento una necesidad, es decir, una especie de válvula por donde poder respirar y ver si por ese camino encontramos, —y sin duda lo lograremos— un medio de mejorar la dignidad artística del cine. Nada el valor plástico de las escenas de muchos films «amateurs». Están más avanzadas en ese aspecto que nuestro cinema profesional. Hace poco «Nobleza baturra» confirmó con sus paisajes lo que venimos diciendo. Igualmente «Currito de la Cruz», así como este otro film «La reina mora», tienen escenas que por su belleza decorativa son un verdadero regalo para el espectador a quien las casas bien hechas no le pasan inadvertidas.

Elvira AUGUSTA LEW



UNA VUELTA POR BROADWAY

por María M. GARRET

Pasan... pasan... imágenes de candor: heroínas de inocentes novelas románticas... vampiresas, mujeres de hoy que juegan con el amor, otras que suspiran y dejan correr sus lágrimas por la pérdida ilusión; actrices de ese mundo tan fantástico en la escena como en la realidad... Y bajo las luces de Broadway aprendemos sus nombres, las aplaudimos y las olvidamos, porque vienen otras y pasan... pasan, no dejando huellas en este caleidoscopio de vertiginosas sombras intermitentes...

UNO de los aspectos más gratos del cine es la glorificación que este arte ha hecho del talento, de la gracia, de la gentileza y de la virtud de la mujer. Vagamos al azar por Broadway. Nos olvidamos totalmente de los temas que encierran las películas que los teatros anuncian y observamos el desfile de las heroínas de estas novelas hechas emociones por la magia de la mecánica moderna.

Comenzamos por Mae West, la más esencialmente femenina de las estrellas de cine. La que acaricia sus rizos de oro con sus dedos de nácar y deja que su figura ostente las líneas que la Naturaleza pródiga ha puesto en su figura, quizás demasiado abultada para el gusto de los norteamericanos; pero adorablemente atractiva para los que creemos que un traje debe tener algo más en que descansar que una armazón de huesos.



Mae es la intérprete de *La llama de Alaska*, esa película tan satírica y tan intensa, y al mismo tiempo tan divertida, que provocó protestas tan enfáticas de la prensa amarilla de Nueva York, que el público colmó el teatro de tal modo cuando se exhibió en estreno, que yo no pude verla hasta pasados muchos días de su presentación inicial.

Con una mujer como la West no podíamos esperar ver en su película niños lindos como estos galsinetos de opereta que ahora nos está ofreciendo el cine yanki; por tanto, Mae tiene a su lado a un hombre tan hombre como Víctor Mac Laglen y a otro tan arrogante y tan lleno de mundología como Conway Tearle; y ambos aman a la rubia tentadora, todo lo cual es muy natural si pensamos que Mae West posee todos los atractivos que los hombres prefieren. Pero no son éstos solamente los galanes que pierden el seso por Mae, sino que Phillip Reed también cae en las redes del amor de la protagonista de la novela.

Vamos a ver a Mae West en muchos aspectos similares a los de su vida en la realidad, porque Mae gusta de inclinarse en mullidos divanes, vestir lujosamente, llevar joyas exquisitas y ser siempre esencialmente una mujer seductora. Su corazón femenino está lleno de ternura para todos y su anhelo de hacer caridad es una de sus características.

Si alguna compañía de películas se decidiera a filmar la biografía de esta actriz, segura estoy de que la dramatización de sus múltiples aventuras sería de máximo interés; pero hoy la hemos visto en *La llama de Alaska* y nos ha prodigado sus frases llenas de ese algo que ella pone en sus palabras y que nos hace creer que realmente nacen de lo íntimo de su ser. Hemos gustado de sus coquetuerías y de sus frivolidades y nos ha parecido que hemos estado en verdad en su compañía, porque nada de lo que Mae West hace en la pantalla es ficticio. Ella es naturalmente coqueta y sencilla a la vez, carifosísima y tan franca y sincera que es la única entre todas las estrellas que nos da la impresión de ser un ser de la vida real.

Todo el mundo debe aprender a conocer a la Mae West que yo he conocido, a la que es una amiga con quien siempre podemos contar en todos momentos; a la que ganando una fortuna la derrocha precisamente en sus dos pasatiempos favoritos: ayudar a los que están necesitados y hacer todo cuanto se le antoje. Ya ustedes saben que ella escribe los argumentos de sus películas y que lo hace siempre reclinada en su lecho. Cuando le dicen que tiene que ponerse a dieta se niega a ello porque no cree que su figura le perjudique en nada y, sobre todo, porque quiere que el público la estime por lo que ella es y no porque pese unas cuantas libras más o menos.

Esta es la primera en nuestro desfile de hoy y abre la marcha con la arrogancia de una reina que tiene un trono en cada uno de los corazones de los que en verdad la quieren como ella es: bonísima y sincera, adorable y esencialmente femenina.

Olivia de Havilland: La niña maravillosa

POURTE supo llevar a la fantasía de *El sueño de una noche de verano* algo de ensueño de amor sentido, porque luego encarnó con una naturalidad sorprendente a la ingenua y altiva Arabella de *El capitán Blood* y porque ahora, por demanda del público ha ocupado su puesto de nuevo, junto a Errol Flynn en *La carga de la caballería ligera* y porque en *Adversidad* puede decirse que se convirtió de niña en mujer, en los brazos de Fredric March; por todo esto, es Olivia de Havilland una prestigiosa figura en el desfile de las heroínas que se encuentran alojadas temporalmente en los teatros de Broadway.



En menos de un año, Olivia de Havilland ha sido protagonista de cuatro películas grandiosas, y en todo ese año ha vivido totalmente dedicada a mejorar su apariencia física, a profundizar en su estudio dramático, a enfascarse en intensa meditación sobre el realismo de cada una de sus caracterizaciones. Esto es lo que las aspirantes al cine deben saber, que para entrar en el consorcio de las afortunadas a quienes el público mira y admira es indispensable darle a su arte todos los momentos, toda la atención y todo lo que el adelanto y el progreso de su carrera demande.

Solo a modo



Una escena de «El ángel de la piedad» con Kay Francis en el papel principal



Madeleine Carroll y Robert Young en «Agente secreto»

POURTE voy a hablarles a ustedes en una crónica venidera de estas otras heroínas que arrancan a los carteles de Broadway para presentárselas en mi desfile, quiero decirles que me he embriagado del misticismo de Kay Francis en su espléndida caracterización de la venerada Florencia Nightingale en el drama *El ángel de la piedad* y he admirado con deleite la belleza nobiliaria de Madeleine Carroll, la actriz inglesa que está casada con un lord, y que ha mantenido el teatro «Roxys» lleno en todas las tardes durante la presentación de la película *El agente secreto* en que los celebrados artistas Peter Lorre y Robert Young aparecen con Madeleine Carroll.

Ida Lupino, vivarachaytentadora, es la muchacha a quien Francis Lederer besa en la obscuridad de una sala de cine y luego descubre que la ama en las escenas de *Una tarde de lluvia*, que es una película originalísima que gustará en donde sea presentada.

Y para terminar, este brevisimo resumen, dos heroínas más: la bellísima y escultural Carole Lombard en la película *Concertina* y la admirable danzarina Jessie Mathews en una novela sumamente interesante que lleva por título: *Es amor otra vez...*



Francis Lederer y Lupino en una escena de «Una tarde de lluvia»

Marion Davies en un romance del tiempo colonial

ESTAMOS en una época en que los nombres que tienen algún valor histórico se han convertido en temas predilectos para el cine y ha tocado ahora a Jerónimo Bonaparte contarnos sus amores con Betsy Patterson, la muchachita americana a quien conoció en Nueva York cuando su hermano la mandó a este país a negociar la venta de la Luciana. Marion Davies se agrega a nuestro desfile y nos muestra a una jovencita que lleva amplias faldas cuajadas de encajes y de primorosos bordados, y quien sin saber que el joven con quien ha trabado conversación en la fiesta es el hermano de Napoleón, se da mucha importancia con él, aunque le ama desde el primer momento que le vió.

La película está hecha con un gusto exquisito. Las escenas humorísticas, a cargo de tres cómicos tan famosos como Edward Everett Horton, Charlie Ruggles y Arthur Treacher, provocarán la risa de todos, no sólo por los chistes que dicen, sino por la pantomima de la acción y por las situaciones absurdas en que se ven al aspirar a la mano de Betsy. Marion Davies es otra más en este desfile de heroínas del cine, interesantes en la vida real. Amigas y dueñas de sus destinos por virtud de sus habilidades hístricas que les permiten tener completa independencia económica...



de resumen...

un salón de cine y luego descubre que la ama en las escenas de *Una tarde de lluvia*, que es una película originalísima que gustará en donde sea presentada.

Y para terminar, este brevisimo resumen, dos heroínas más: la bellísima y escultural Carole Lombard en la película *Concertina* y la admirable danzarina Jessie Mathews en una novela sumamente interesante que lleva por título: *Es amor otra vez...*

Lo que ocurre en esta comedia cuando un periodista se empeña en hacer una estrella sensacional de una muchachita desconocida para tener quien personifique la mujer que él soñó, es algo que les mantendrá tan interesados como estuvo yo, mientras me encantaba viendo bailar a la admirable estrella de cine Jessie Mathews...



Una escena de «Concertina» con Carole Lombard y Fred Mac Murray



Una escena de «Es amor otra vez» con Jessie Mathews y Robert Young

Louise Rainer, la amante esposa de Ziegfeld en la obra del cinema

BIOGRAFANDO al más brillante empresario que ha conocido la vida teatral en Norteamérica, los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer tuvieron que buscar una pléyade de mujeres encantadoras porque aquel soñador vivió siempre rodeado de lindos rostros y de caprichosas mujercitas que jugaban a su antojo con el corazón de Ziegfeld, el hombre que supo glorificarlas y que luego convirtió el álbum sentimental de su vida en una ánfora de recuerdos incomparables.

Pero, por muy intensos que hubieran sido sus amores, por muy tempestuosos que fueran sus apasionamientos, nadie como la actriz Anna Held, su primera esposa, llegó a conocer las ternuras a que él había despertado precisamente en el momento más intenso de su vida, cuando quiso traer a América algo del romántico emocionalismo que



los europeos sabían concentrar en la escena teatral, por eso, se hacía difícil creer que una muchacha recién venida a este país lograra una caracterización tan perfecta como la que Louise Rainer ha hecho de Anna Held. El mejor tributo que las mujeres de América podrían haber rendido a la actriz vienesa por su labor en *El gran Ziegfeld* fué la lluvia de lágrimas con que todas las concurrentes a la exhibición de la obra recibieron el mensaje de amor sentido que ella supo concentrar en una breve llamada por teléfono, cuando sintiendo que el corazón se le desgarraba de dolor quiso decirle a su marido que le deseaba toda la felicidad que hubiera en el mundo. El proceso en que Anna Held perdió el amor de Ziegfeld será intensamente comprendido por todas las mujeres de sentir latino, ya que ella amó como aman nuestras mujeres, poniendo en aquel idilio único en su vida, toda la ternura de su alma de artista y de su corazón de mujer.

El teatro «Astor» situado en Broadway y la calle 45, está presentando a diario, desde hace tres meses, la película en que se describe la vida de *El gran Ziegfeld*.

No terminaremos estas notas sobre *El gran Ziegfeld* sin hacer descender, desde los frisos en que su nombre brilla con luz intensa, la imagen de Myrna Loy, que personificando a Billie Burke, la segunda esposa del empresario, ha hecho también una labor digna de su nombre.

No exagero ni temo a decirlo: *El gran Ziegfeld* es lo mejor que el cine ha creado; y estos son los motivos de que yo, bajo mi sola responsabilidad, así lo declare.

Yo viví en Nueva York cuando Ziegfeld vino de Francia con la «cajeza» llena de heroínas francesas y de ensueños como le ocurría al héroe de *El tren expreso* de Campoamor. Yo asistí al debut de su primer cuadro de comedia musical y supe bien de sus amores con Anna Held. Recuerdo, como si fuera ahora, cuando Ziegfeld se atrevió a ponerse aquellos trajes cortados por el mejor modista de París, pero confeccionados con telas y revestidos de tanta novedad y fantasía, que una de las curiosidades que querían ver los turistas que llegaban a esta ciudad en aquella época era al empresario que se vestía de telas a cuadros y llevaba siempre una flor en el ojal.

Vi cuando él arrancó, con sus manos de artista, todo lo que de grotesco encerraba un café cantante y lo convirtió en un club nocturno donde la sociedad se recreaba al mismo tiempo que lucía sus mejores galas; y es por esto que he visto con intenso deleite media docena de veces la película de *The Great Ziegfeld*, y sé que todos los que amen el teatro en su más excelsa expresión, gozarán infinito con esta obra máxima del cine.

Sigue en el cartel del Astor *El gran Ziegfeld* y en nuestro desfile de heroínas que pasan, apuntamos los nombres de Myrna Loy, Louise Rainer, Virginia Bruce, Harriet Hector y otras adorables actrices que figuran en estos «Polles».

Смаглеру
Бра



EL GENIO ALEGRE



ARGUMENTO

PRODUCCIÓN CIFESA

INTÉRPRETES: Rosita Díaz — Antonio Vico — Concha Catalá, Lolita Astolfi.

fluencia de aquel rigor se ha dejado también sentir, creando una incompatibilidad entre dos seres que, sin esta circunstancia, vivirían probablemente juntos y felices. Y ésta es la pena que turba el sereno espíritu de la marquesa: la ausencia de su hijo Julio, cuyo carácter, alegre y juerguista, no ha podido identificarse con aquella asfixiante severidad.

No obstante, Julio, de vez en cuando, visita la hacienda, que se halla un tanto apartada de Alminar de la Reina. Pero generalmente no va solo. Nunca le falta el concurso de buenos amigos y amigas, a los que no les disgusta el plan de divertirse. Entre estas últimas se halla «La Veletilla», amiga íntima de Julio, por la que éste siente gran predilección.

En una de esas francachelas, Julio y sus cómplices se ven sorprendidos por la llegada al cortijo de la marquesa y su celoso administrador. Ambrosio, el aperador del cortijo, ha llegado a tiempo para prevenir a los invitados clandestinos, que precipitadamente salen del cortijo y se esconden en el pajar.

Desde su escondite ven llegar, al cabo de un buen rato, a don Eligio, quien, para que no haya dudas sobre su identificación, viene refunfuñando. Julio no quiere desaprovechar la ocasión para demostrarle su simpatía y se apresta, junto con sus amigos, a jugarle una treta.

Desde la ventana del pajar abren, por medio de una cuerda, la puerta de los corrales y al punto aparece en ella un becerro que, como si adivinara la intención de sus libertadores, se dirige hacia don Eligio en actitud poco tranquilizadora. Este, huyendo del becerro, sube a saltos la escalera del pajar y al llegar a él queda como estupefacto ante la presencia de Julio, «La Veletilla» y demás invitados.

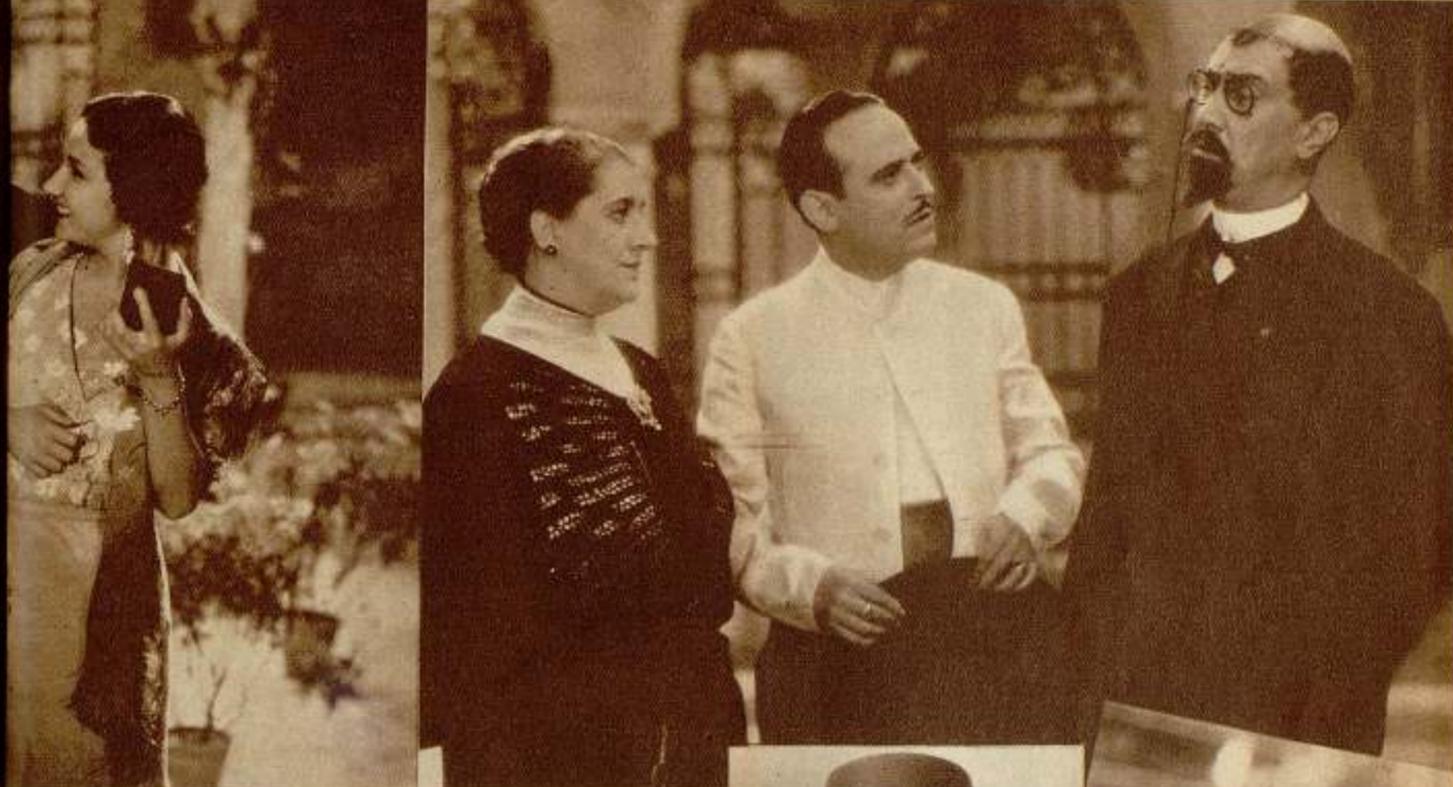
Julio sale a su encuentro y cariñosamente, como si tratara de ayudar a don Eligio a reponerse, le dice:

— ¡Don Eligio de mi alma! Tanto gusto. Como le diga usted a mi madre que estoy aquí con esta buena gente, mañana, que pienso ir a casa, le meto a usted en su despacho un milra corrido en cuatro plazas. —

En un espléndido y señorial palacio, en Alminar de la Reina, vive, acompañada de sus servidores, doña Sacramento, marquesa de los Arrayanes, dama de rancio abolengo cuyos buenos sentimientos sólo podrían ser superados por su austeridad. Todo respira tranquilidad y quietud en la noble y opulenta mansión. Sólo de vez en cuando turba aquel sosiego monacal la voz grave de don Eligio, el administrador de la marquesa. Don Eligio es un servidor fiel y devoto de doña Sacramento. Lleva ya muchos años a su servicio y ello le ha granjeado por completo la confianza de la próspera dama, tanto, que más que administrador es su consejero. Su autoridad en la casa es indiscutible y sus órdenes inapelables. Doña Eligio es ya de edad madura.

Diríase que todo el fárrago de convencionalismos sociales y morales que nuestra época va desechando, se ha acumulado en él y le ha transformado no ya en un recto y metódico administrador, sino en un fiscal implacable. Sólo a la voz de «¡Que viene don Eligio!», se apodera tal pánico de toda la servidumbre, que, atolondrada, desaparece en todas direcciones como si tratase de evitar un encuentro desagradable.

Pero si el rigor de don Eligio no tuviese en la sombría mansión otra influencia que la de convertirse en pesadilla de sus subalternos, no pasaría de un mero accidente. Hay algo mucho más serio donde la in-



DIRECCIÓN: Fernando Delgado

Alberto Romea — Fernando F. de Córdoba — Leocadia Alba, Anita Sevilla.

Como había prometido, Julio visita a su madre. Esta le reprende al expresarle su deseo de marcharse al día siguiente. Cariñosamente le replica Julio.

— No te enfades, mamá. A tu lado viviría yo siempre. Cuando no vivo es porque no puedo. Somos incompatibles. Si la vida es alegre, como creo, ¿por qué entristecerla? Y si es triste, como opinas tú, ¿no es hermoso alegrarla un poco? —

En aquellos momentos, la llegada de Consolación interrumpe el diálogo.

Consolación es sobrina de doña Sacramento. Se crió junto a ella, pero luego fué a vivir con tío Alfonso. La marquesa esperaba la visita de su sobrina. Había recibido el día anterior una carta suya. Decía así:

«Queridísima tía Sacramento: Como le dije a usted, desde el domingo pienso estar en ésa. Esta casa ya es otra casa, yo no puedo vivir aquí como vivía. El pobre de tío Alfonso ya no es conocido. ¡Vaya una boda! Yo creía que su nueva mujer no era más que tonta, pero además es mala. Y fea y cursi y envidiosa y embustera y bízca. Tiene un ojo que se ha empeñado en verle la nariz...»

La llegada de la sobrina representaba en aquella casa un acontecimiento. Todos tenían deseos de abrazar a la señorita Consolación, a la que hacía muchos años no veían. Y Consolación, radiante de belleza y simpatía, correspondía con sin igual alegría a las demostraciones de cariño que de todos recibía.

Para Julio fué una sorpresa, y no de las menos agradables, encontrarse, después de veinte años de no haberla visto, con una prima tan guapa y de veras simpática.

Con la llegada de Consolación ha llegado también la primavera en la mansión de los Arrayanes. El sol de la alegría va ahuyentando de los sombríos aposentos la quietud. El gruñir continuo y enfadoso de don Eligio va cediendo paso, como avergonzado, al armonioso charlar y cristalino reír de la alegre sobrina. En el pueblo, en el campo, no se habla de otra cosa sino de la bondad de corazón y sentimientos de la señorita Consolación, «la madre de los pobres» como ya la llaman.

Mientras tanto, Julio sigue su vida de diversión y alegría. Le encontramos ahora de nuevo en casa de su amiga «La Veletilla», divirtiéndose con amigos. Pero



las juergas se le antojan ahora cada día más tristes. El cambio que se ha operado en Julio no ha pasado desapercibido para su amiga, que en esta noche de juerga le dedica intencionadamente estas coplas:

«Como estás pensando en otra
cuando te hallas a mi vera,
se te asoman a los ojos
no sé qué sombrillas negras.»

«A todos nos han cantao,
en una noche de juerga,
coplas que nos han matao.»

Julio, hastiado, abandona la casa de su amiga ante la sorpresa de todos, que se preguntan qué es lo que le habrá pasado. Pero «La Vellilla» les dice:

—Le pasa lo que les pasa a todos en cuanto les entra «er queré» por lo fino.—

Y añade, resuelta y con energía:

—¡Pero está por *nosé* la que lo quiera más que yo!—

Consolación ha regresado a casa después de una visita al cortijo y doña Sacramento la reprende cariñosamente por sus constantes idas y venidas:

—Sí, tía. No sé estarme quieta—contesta la sobrina—. He ido a llevar a aquella pobre gente unas chucherías. ¿No se enfada, tía! ¿Es un crimen ir al campo en estas mañanas de primavera? ¿El crimen es no ir!

—¿Estaba allí mi hijo?— pregunta la marquesa.

Y ante la respuesta negativa de su interlocutora queda pensativa y triste.

Consolación sale de la estancia también triste por el pesar que la ausencia de Julio causa en la marquesa.

Consolación ha sido invitada para asistir a una boda de gitanos. Y esto ha sido la gota que ha hecho verter el vaso de la indignación de don Eligio, que se decide a hablar claro a la marquesa, entablándose entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Y deja usted ir a su sobrina a una boda de gitanos?

—Yo no la he dejado, pero ha ido.

—La señorita Consolación, señora marquesa, tiene la cabeza a pájaros, como suele decirse. Esa alegría suya desenfrenada, atolondrada, febril, entiendo yo que debe ser combatida por todos los médicos.

—Amigo Prías—que así es como suele llamar la marquesa a don Eligio—, ha ido usted a poner el dedo en la llaga. Me tiene disgustadísima. Su genio alegre, como usted dice, es realmente perturbador e incontrastable. En esta casa, donde siempre reinaba el silencio, se oye ahora por todas partes un loco reír y un charlar sin tregua ni reposo.

—¿Sabe mi señora la que estimo única suerte en este caso?

—Me lo figuro, amigo Prías. Se refiere usted a que no está mi hijo entre nosotros.

—Cabalmente.

—Su presencia aquí estaría llena de peligros.

—Se fué al día siguiente de llegar Consolación y no debemos temer que vuelva por ahora en algún tiempo.—

Mal andaban en sus cálculos la marquesa y don Eligio. La llegada inesperada de Julio corta su conversación y quedan los dos como quien ve visiones.

—¿Me quieres explicar qué es esto?— exclama doña Sacramento.

—Esto es—contesta con dulzura Julio—, tu hijo el calavera, el pródigo, el malo... Viene con unos amigos a un tentadero a media legua de aquí y mientras ellos preparan el almuerzo, él monta en su jaca y se llega a darle un beso a su madre. ¿Soy este aborto del abisino de que usted habla, don Eligio?—

Este, confuso, intenta excusarse. Julio pregunta por su prima y se ríe de las tribulaciones de su madre y de don Eligio por la desenvoltura de aquella.

Cuando abandona Julio la casa se encuentra con su prima, que le pregunta con gran alegría:

—¡Julio! ¿Vienes a ver a tu madre?

—V a tí de paso. ¿Por qué no damos un paseito?

—Tengo prisa en llegar. Voy a escribir una carta que tiene que salir hoy, contesta intencionadamente Consolación.

—¿Qué carta?— pregunta con avidez Julio.

—¿Qué curioso! ¡La de todos los días!— replica la prima, afectando la mayor naturalidad.



—¿Tienes novio, quizás?— pregunta Julio sin poderse contener.
—Uno.
—¿Querías tener dos?
—Con uno bueno basta y sobra.
—¿Lo quieres mucho?— inquiriere él, casi sin ánimo.
—Mucho! ¡Yo, cuando quiero, quiero mucho!— replica ella, dando a estas palabras un tono apasionadísimo.

Y añade, cambiando de tono:
—¿Por qué no das gusto a tu madre y te quedas aquí y vienes mañana a la fiesta del cortijo?

—¿Lo quieres tú?— insinúa Julio con rapidez.
—Lo quiere ella— contesta Consolación con perfecto disimulo.

Y Julio, como no podía menos que suceder, se queda, con la natural satisfacción por parte de su madre y de su prima, y la no menos natural inquietud por parte de don Eligio, que no puede reprimir un gesto de contrariedad al tiempo que exclama:

—¡Saldremos todos con las manos en la cabeza!—

Al día siguiente se celebra con gran alegría la comida de los trabajadores del cortijo que ha organizado Consolación. Como ya hemos dicho, a ella asiste Julio, y «La Veletilla» y un cómplice se presentan en la fiesta con el propósito de frustrarla, no consiguiéndolo gracias a la serenidad de Consolación.

Por la noche, ésta ve a Julio preocupado y le pregunta:

—¿En qué piensas? ¿En «La Veletilla»?

—Deja eso — le contesta él en tono amargado.

—¿Eso?— replica ella con decisión—. Tú eres el que lo tiene que dejar. La verdad es que eres un tarambana, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?—

Y Julio, en tono confidencial y amargado, cuenta a Consolación que tiene un hijo, nacido de unos amores desgraciados y que éste es el obstáculo que se opone a ello. Además, él sueña con que la mujer que ha de ser su esposa, acepte ese hijo suyo como primera condición y lo quiera como él lo quiere, de lo contrario, no se casará!

A todo esto, don Eligio, que no puede transigir con el nuevo estado de cosas, insiste acerca de la marquesa para que ponga freno a tantas locuras, a lo cual ésta le replica:

—Pues si son locuras las de mi sobrina, yo las bendigo. Porque yo sé decirle a usted, amigo Prias, que mi hijo, planeando la reforma del jardín, ideando la construcción de este teatrillo en las habitaciones cerradas, discutiendo sobre la comida de los pobres y la fiesta de los trabajadores del cortijo y todas las cien cosas que sueñan juntos, es dichoso, es houradamente dichoso y así lo quiero.—

Don Eligio expresa su deseo a la marquesa de abandonar la casa, cuando interviene Consolación, la cual logra disuadirle con su gracia y su talento, diciéndole al final:

—Usted colaborará conmigo en el teatro donde se estrenará su tragedia griega. Usted se va a reír conmigo y a cantar conmigo. Alegrar la vida es quererla y... ¡jea!, venga un abrazo y en paz.—

Un accidente en la calle pone en brazos de Consolación un niño que por circunstancias determinadas cree ésta que es el hijo de que le hablara Julio en otra ocasión, y se decide, entusiasmada, a llevarlo a casa para presentarlo a la marquesa. Sí, no cabe duda, es el hijo de Julio. Su parecido es extraordinario.

El padre del niño no puede menos que soltar una careajada. Consolación le pregunta:

—¿No es éste tu hijo?

—¿Qué ha de ser mi hijo!— contesta Julio, sin poderse contener la risa.

—Pero ¿y el parecido?— alega Consolación un tanto confusa.

—Lo ha inventado tu fantasía, tu bondad, tu deseo... Del mismo barro que tú hiciste a tu novio hice yo a mi hijo y acaso con la misma intención. Miento mejor que tú.—

Y como si la transformación que ha sufrido la casa no significara otra cosa que dar marco adecuado al florecimiento de un idilio de ensueño, van transcurriendo los días felices para todos en aquella mansión triste y silenciosa antes, alegre y bulliciosa ahora, en la que entre los arrullos de los enamorados pueden distinguirse palabras dulces y halagüeñas como éstas:

—Seguiré diciéndote lo que nos decimos a todas horas. Te quiero, me quieres. Me enamoraste porque vi claro desde el primer día que hablé contigo, que tu alma era grande porque era alegre, era buena porque era alegre y que tu alegría bienhechora y fecunda podría recoger toda la de mi alma perdida, desamparada, estéril... Y mira como no me engañé...—



Colaboración espontánea

Se publicarán en esta sección todas las originales — literarias y gráficas — que a criterio del Director tengan un interés para todas las lecturas. El asunto deberá tratar siempre un tema cinematográfico. Estos originales deberán venir escritos a máquina o con letra clara y utilizando una sola cara del papel. El autor del original publicado tendrá derecho a recibir gratuitamente, durante un año, la suscripción de PROYECTOR, a contar desde el número siguiente al en que haya aparecido publicado el original. Los originales se publicarán tal y como lleguen a nuestro poder. Sólo efectuaremos las correcciones gramaticales si fuese necesario. Los originales recibidos, se publiquen o no, no se devolverán.

CINEMATOGRAFÍA SONORA

AMIGOS lectores, muchas y acaloradas discusiones produjo la aparición de la sonoridad en el cinema. En cualquier café, restaurante, liceo, en todas las reuniones en general, se hablaba del nuevo alarde del máximo espectáculo.

Artistas e intelectuales, todos discutían las ventajas e inconvenientes del nuevo esfuerzo del cinematógrafo en su guerra sin cuartel con el teatro; pero bien pocos fueron los que se ocuparon de este invento en su aspecto técnico; estoy seguro de que muchos de vosotros jamás habéis pensado lo interesante y entretenido que resulta un ligero examen de esta nueva modalidad del cinematógrafo.

Es, pues, mi intención hablaros algo sobre las diferentes formas y sistemas de sincronización de películas sonoras.

Esta cinematografía consiste, como todos sabemos, en la impresión y reproducción de imágenes acompañadas de los sonidos correspondientes. Ahora bien: estos sonidos pueden grabarse bien sobre discos, bien sobre película: en este caso es una verdadera fotografía del sonido.

Prescindamos de los primeros pasos; la frase definitiva del cine sonoro prácticamente data del año 1925, en que en Norteamérica se realiza la impresión eléctrica de discos fonográficos, construyéndose en 1928 el primer aparato cinematográfico de discos, el «Vitafono». Casi en la misma época se realiza la primera impresión fotoeléctrica del sonido en el borde de la misma película, por varios sistemas, de ellos los principales son: «De Forest», «Western Electric», «Photophone», «Tobis», «Gaumont», «Peter Poulse», etc.

La película de sonido podría clasificarse en:

1.º Película sonora. Se acostumbra llamar así, en particular, a las películas que tienen un acompañamiento de sonidos sincronizados y una música descriptiva.

2.º Película parlante o dialogada. Es aquella en que la proyección va acompañada de los sonidos y diálogos que ocurren durante el desarrollo de la acción.

Impresión sobre discos: Mediante el sistema eléctrico se ha conseguido grabar indirectamente, sobre un disco de ebonita o pasta de goma laqueada, vibraciones acústicas en una extensa gama desde 50 a 4,000 vibraciones por segundo, mientras que el procedimiento mecánico, ya casi en

desuso, sólo alcanzaba de 250 a 4,000 vibraciones por segundo. Los discos acostumbran tener 40 centímetros de diámetro y giran a una velocidad de 33 revoluciones y media por minuto, con objeto de que cada disco dure unos diez minutos, que es el tiempo que dura cada bobina o parte de la película de unos 300 metros de largo. Estos discos tienen la particularidad de que empiezan siempre por el centro del grabado, al revés de los corrientes del gramófono.

La impresión se verifica por medio de un dispositivo que consiste en un motor sincronizado con el aparato o cámara de impresionar, que hace girar un plato que lleva un disco de cera a la velocidad de 33 revoluciones y media por minuto; sobre éste, siguiendo un disco en espiral, va deslizándose el grabador eléctrico, que lleva un estilete de diamante o zafiro que reproduce mecánicamente las modulaciones eléctricas que le imprimen las corrientes microfónicas del amplificador. Una vez impresionada la cera se la deja enfriar (ya que antes de la impresión se la expone durante unas horas a 30°C de temperatura dentro de una estufa-armario) y después se la somete a diversas operaciones electrolíticas conducentes a la obtención de la matriz metálica que luego sirve para la obtención en serie del disco comercial, por medio de prensas automáticas.

Pasemos a la impresión del sonido sobre la misma película.

En la actualidad hay un sinnúmero de patentes de procedimientos para la fotografía e impresión fotoeléctrica del sonido que con arreglo a su obtención y aplicación particulares, podemos clasificarlas en dos sistemas principales y fundamentales, cuyas denominaciones responden al aspecto que presenta la impresión a simple vista o a través de una lupa.

Estos sistemas son:

- 1.º Densidad variable y superficie de impresión constante (véase A).
- 2.º Densidad fija y superficie de impresión variable (véase B).

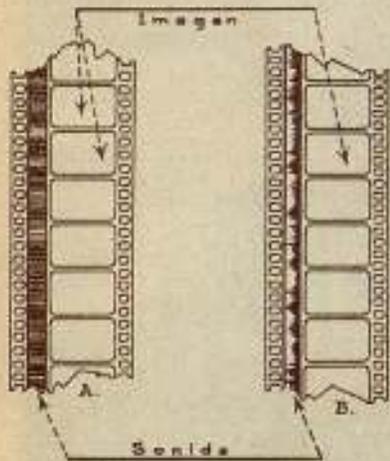
Los primeros emplean como elemento principal para la impresión, variaciones de intensidad lumínica de lámparas especiales, y los segundos variaciones electromagnéticas que actúan sobre dispositivos fotomecánicos.

Entre los primeros se cuentan los de «Tobis», «Klagfilm», «Western» y entre los segundos, «Radio Corporation», «Gaumont», «Peter Poulse», «Fidelitone».

En ambos sistemas la fotografía del sonido ocupa una estrecha faja de unos 2 milímetros del lado de la perforación, según se ve en el grabado adjunto.

He aquí descrita, lo más simplemente posible, la impresión del sonido en el cinematógrafo.

Lorenzo ALONSO



Esquema de los sistemas de impresión del sonido sobre película.

cas en una extensa gama desde 50 a 4,000 vibraciones por segundo, mientras que el procedimiento mecánico, ya casi en

El camino de la Libertad

NOVELA
CORTA



El primer recuerdo claro de mi infancia es de un ambiente sucio y pobre. No es que sufriera miseria, porque jamás carecí de comida y de vestidos, aunque ni una cosa ni otra eran de excelente calidad. El ambiente sucio a que me refiero era moral. Estaba rodeada de costumbres algo libres, de lujos baratos y, sobre todo, de polvo de carbón. Sobre todo, polvo de carbón.

Mi padre era minero en uno de los distritos carboníferos de Pensilvania. Mi hermano mayor tenía la misma profesión, mi hermana está casada con un minero y mi hermano menor también será minero en cuanto tenga la edad suficiente.

Mi madre se parece a todas las mujeres de un distrito carbonífero. Hija de un minero, se casó con otro, como hacemos todas las mujeres que nos encontramos en el mismo caso, ya que desconocemos otra ambición. Muy hermosa en su juventud, lamentaba que ninguno de sus hijos se le pareciera. Yo era la única que tenía cierta semejanza con lo que ella fue, aunque, según decía, no era más que piernas durante mi adolescencia, y tenía el cabello liso en vez de rizado.

Cuando yo la conocí, ya mi madre había perdido toda su belleza. Era algo obesa, pequeñita y siempre estaba tomando medicamentos para curarse alguna enfermedad imaginaria y mandando testimonios escritos a los fabricantes de específicos. Eso la tenía tan ocupada que no le quedaba tiempo para nada más.

Hasta los diez años no había estado en ninguna escuela, pero entonces ocurrió un cambio en nuestro pueblo. El sindicato propietario de las minas, deseoso de contrarrestar la propaganda socialista, instaló una escuela y un hospital, mas no por eso logró evitar el descontento de sus obreros, quienes creían que instruirse era perder el tiempo. De vez en cuando nos visitaban individuos forasteros, hombres pálidos, de largas barbas, que hablaban en tonos incendiarios y dejaban descontentos a los obreros. Y como creía el malestar general, la compañía aumentó sus esfuerzos conciliadores.

Todo eso me importaba muy poco. Estaba muy satisfecha de pasar los días con mis compañeros, entregada a los juegos, aunque compartía la esperanza de mis mayores de alcanzar, por fin, la libertad.

Mas llegó el día en que cambió mi vida entera. Las niñas jugábamos junto a la orilla del río y nos entreteníamos expresando lo que más deseábamos en el mundo. Nuestras aspiraciones se reducían a tener trajes de seda, mantecados y muchos dulces.

Pero aquel día nuestros deseos fueron algo más complicados, pues una deseó una doncella que lo hiciera todo en su lugar, incluso vestirla y desnudarla y también un tren verdadero para ir en él a donde se le antojase.

Yo, riéndome, dije que aquellas palabras eran disparatadas, pero mi amiga me contestó que me engañaba, porque en la ciudad cercana había un tren semejante, a cuyas ventanillas pudo asomarse viendo en su interior maravillas que sobrepasaban a nuestras más ardientes fantasías. Había dos camareros negros vestidos de blanco en aquel tren que pertenecía al dueño de las minas, quien se hacía acompañar por su hija, a la cual servía una doncella con un traje muy caprichoso.

Como tales maravillas habían sido vistas por más de una amiga mía, decidí contemplarlas yo misma y así tomé el camino de la ciudad inmediata para convencerme. Iba descalza y llevaba un traje de tela ordinaria, sucio y roto. Mi cabello negro estaba despeinado y mi cara negra. En las minas resulta bastante difícil conservarse limpio, aunque se procure, y como estaba convencida, desde que nací, de la inutilidad de intentarlo, no me preocupaba ya por lavarme. No hay duda, pues, de que mi aspecto debía de ser horroroso cuando llegué al final de mi viaje.

El tren estaba allí todavía y en su interior lujoso vi un negro vestido de blanco. Pude divisar asientos cubiertos de terciopelo, plantas de salón, una mesa con servicio de té, de plata, y un jarrón de rosas. Tales maravillas me llenaron de pasmo y me dije que sin duda aquello era un sueño o el mismo cielo.

De pronto apareció una niña, vestida de blanco de pies a cabeza. Avanzó hacia mí y cuando estuvo cerca hizo una mueca de asco y exclamó:

—¡Qué sucia vas!

Yo me miré las manos, mi traje roto y ennegrecido y mis pies llenos de barro y me sonrojé, en tanto que ella añadía:

—¿Eres negra?

Eso me pareció un insulto mortal y repliqué airada:

—¡No soy negra!

—Pues lo pareces —replicó sonriendo— y además hablas como si lo fueras. ¿No te lavas nunca?

—Me lavé ayer —contesté rencorosa— y también el sábado. Mi madre nos metió a todos en el baño y nos fregó el bien.

—Pues yo me baño todos los días —me contestó altanera—. Suzette, es decir, mi doncella, me baña cada día.

Era, pues, indudable, aquella chiquilla tenía una mujer que la bañaba, la vestía y la desnudaba. Yo estaba ante ella avergonzada, dándole cuenta de mi aspecto.

—Espera a que venga la huelga —dije dándole tono—. Entonces tendré un tren, trajes blancos, una doncella y todo lo que quiera. Entonces seré como tú.

—¿Como yo? —exclamó riéndose—. Tú no serás nunca como yo. Eres

sucia y fea. Además, estoy segura de que ni siquiera sabes escribir tu nombre.

Me quedé muda porque eso era cierto. De pronto di media vuelta y eché a correr aunque para detenerme luego, agobiada por mis tristes pensamientos. Después de una breve reflexión decidí ir a la escuela y cuidar con esmero de mi limpieza.

En efecto, al día siguiente me aventuré a entrar en la escuela. Llevaba aún el traje roto, pero ya no sucio, pues la noche anterior le di un buen baño en el río. Como es natural, al principio eché mucho de menos a mis compañeros de juegos, pero poco a poco me aficioné a la escuela.

No dejé de ir ni un solo día. Así se dilató tanto el horizonte de mis ideas, que ya vi existían otros caminos conducentes a la libertad, además de la tan anunciada huelga. Desde luego, el mío estaba lleno de obstáculos, el mayor de los cuales era mi familia, cuyos individuos insistían en la conveniencia de que les ayudase abandonando los estudios; mas a pesar de su insistencia yo seguí acudiendo a la escuela. Mi hermana, que es un año mayor que yo, tenía un comportamiento más del gusto de mi madre. En la localidad, donde gozaba fama de bonita, iba a casarse al año siguiente con un muchacho como un castillo, que tenía veinte años.

Esta boda próxima me preocupaba mucho, porque en cuanto mi hermana no estuviese en casa, mi madre tendría razones para obligarme a dejar los estudios, cosa que me entristecía sobremedida. Además, yo carecía del dinero suficiente para pagar mi curso superior. Pero, por fin, se presentó una oportunidad favorable. Se ofreció en la escuela un premio de cien dólares al mejor ensayo sobre el significado que tenía para nosotros la ciudadanía de los Estados Unidos. Si lograba ganarlo, podría conquistar la independencia que apetecía.

No hay que decir cómo me puse a trabajar. El novio de mi hermana tenía un amigo, Ben Tomás, un año más joven que él y mucho más guapo y simpático. Con frecuencia iba a mi casa acompañando a su amigo. Era muy alegre y agradable y a mí me daba mucha lástima su carencia de instrucción, pues apenas sabía leer y escribir. Su conversación era tan vulgar como la de sus compañeros.

Una noche, mi hermana, al regresar del baile, me dijo que su novio deseaba que al día siguiente les acompañase al cinematógrafo. Yo me negué porque tenía que ocuparme en mi trabajo. Entonces ella, sonriendo, añadió que les acompañaría Ben, quien estaba loco por mí y dispuesto a casarse.

—Yo —contesté—, solamente me casaré con un hombre que sepa más que yo, y el pobre Ben apenas sabe leer.

Estas palabras indignaron a mi hermana Laura. Encogiendo sus redondeados hombros, exclamó:

—¿Qué vas a sacar de tus estudios, tonta? Mamá te obligará a dejarlos muy pronto, en cuanto yo me haya casado.

Yo no le contesté. Guardé mi trabajo en el estante del reloj, diciéndome que allí estaba la posibilidad de alcanzar mi libertad.

Al día siguiente, cuando Laura, ya vestida, estaba dispuesta a salir, volviéndose hacia mi madre, que leía un prospecto de cursos maravillosos, le dijo:

—Margarita se queda en casa. No quiere acompañarnos.

—¿Por qué? —preguntó mi madre levantando la cabeza.

—Porque he de estudiar —contesté.

—Atiende, Tomas —dijo mi madre, volviéndose a mi padre—. Tu hija no quiere salir con Ben porque ha de estudiar. ¿Qué te parece?

Mi padre, encolerizado, dijo que Ben era un muchacho muy agradable.

—Ya lo creo! —exclamó mi madre—. Es el mejor partido que podrías soñar. Y por consiguiente, si mañana te invita no tendrás más remedio que salir con él.

En efecto, a la noche siguiente Ben me invitó y advertida por una mirada amenazadora de mi madre, no tuve más remedio que aceptar.

Como se comprende, mi hermana, Joe, su novio, y Ben, se divertieron toda la noche a mi costa. Me llamaban «la señora duquesa» y se burlaban de mí sin cesar. Al regresar a casa, aprovechando un momento en que los demás se habían adelantado, Ben me cogió del brazo y me preguntó:

—¿Por qué no te gusta ir conmigo?

—Sí que me gusta —protesté—, pero...

—Sí, ya sé por qué no quieres ir conmigo, Margarita —interrumpió—. Te das demasiada importancia y crees que yo soy un asno.

Me conmovió tanto el acento trágico de su voz que le pregunté:

—¿Por qué no estudias un poco, Ben? No eres tonto. En la escuela hay clases nocturnas.

—¿Crees que debo trabajar de noche y de día? —Inquirió—. Un minero no necesita saber esas cosas.

—Pero podrías ser algo más que minero. ¿No te gustaría ser algo mejor?

—Mi oficio vale tanto como otro cualquiera. Además, en cuanto venga la huelga ya verás cómo cambian las cosas. Pero debo advertirte —añadió cogiéndome con fuerza por el brazo— que no voy a consentir tus caprichos. Has de ser mi novia, ¿sabes?

—¡No! —exclamé—. No quiero ser la mujer de un minero. Quiero conquistar mejor posición.

Y substraéndome a la presión de su mano, eché a correr y me metí en casa.

Desde entonces fué a mi casa todas las noches, mas, a pesar de las miradas

atenazadoras de mi madre, me negué a salir con él, con mi hermana y con su novia. Llegó, por fin, la víspera del día en que había de entregar mi trabajo. Lo había terminado ya, pero quería ponerlo en limpio. Fuera de mi madre, ocupada en conspirar con una vecina los síntomas de una de sus enfermedades imaginarias, no había nadie en casa más que yo.

Sentada a la mesa de la cocina, puseme a terminar mi trabajo, cuando oí que entraba alguien. Pocos instantes después apareció Ben, anunciando que quería acompañarme un rato.

—Estoy muy ocupada — le contesté secamente.
—Vamos a ver, Margarita — me dijo —, ¿qué vas a sacar de tus estudios? ¿De qué te servirán cuando estés casada?

Yo contemplé sonriente mi trabajo, diciéndome que allí estaba mi libertad. Enojado, añadió:

—Eres una tonta, Margarita. Te figuras saber mucho, pero ten en cuenta que yo gano bastante dinero y que puedo darte más de lo que obtengas con eso. Además, te amo — añadió algo avergonzado de verse obligado a confesar esta debilidad, porque en el pueblo los hombres no confesaban nunca su amor a las muchachas.

—Si me amas — le dije —, yo no te correspondo. Y te equivocas si crees que de esto no voy a sacar nada. Mira — añadió mostrándole mi ensayo —, esto es lo que va a darme un premio que me permitirá estudiar más. Y estoy segura de que ganare. Y ahora — dije sentándome de nuevo — hazme el favor de dejarme, porque he de terminar mi trabajo.

Dudoso unos momentos, luego se marchó sin que yo lo notase casi. Llegaron sucesivamente los miembros de mi familia y a las doce compareció mi hermana.

—¿Piensas estar toda la noche en vela? — preguntó bostezando.
—Me falta ya muy poco — contesté —. Unas palabras más y habré terminado.

—Ya te conozco — replicó —. Vas a acostarte a la madrugada. Cuando lo hagas no enciendas la luz y no me despiertes. Te has perdido un rato muy agradable. ¿Ha venido Ben?

—Mira, déjame en paz — le contesté.
—Buena, adiós, hija — me dijo alejándose.

Terminé por fin, envolví con cuidado mi trabajo y lo guardé en el estante del reloj, como de costumbre. Luego apagué la luz y me fui a la habitación en que dormíamos mi hermana y yo. No necesité encender la luz, porque la luna alumbraba la estancia. Confaba en el éxito de mi trabajo, que carecía de importancia para todo el mundo.

Como dormía más tranquila guardándomelo debajo de la almohada, descalza y con el mayor cuidado, me dirigí a la cocina. Al llegar allí tuve la certeza de que alguien abrió la puerta de la calle. Luego vi el libro sobre la mesa, lo cual me probaba que alguien se lo había llevado, pues no lo vi en parte alguna.

Dando un grito, eché a correr hacia la puerta. La abrí y mirando al jardín vi a Ben bajo unos árboles.

Acercándome a él le dije:

—Dame mi trabajo.
—Y si no quiero? — preguntó.
—Te lo quitaré — repliqué arrojándole a él para quitarle los papeles que sostenía fuera de mi alcance.

De pronto, dejándolos caer, me cogió entre sus brazos.
—Te amo! — exclamó con voz ronca —. Te amo, Margarita. ¿Querrás casarte conmigo si te suelto y te devuelvo tus papeles?

Yo luchaba con toda mi alma y loca de furor contesté:
—Nunca, nunca me casaré contigo!

En aquel momento oí a mi espalda la voz de mi padre, que gritaba enojado:
—¿Esas tenemos, muchacha? Venid aquí en seguida, tú y tu novia.

Ben me soltó y yo, tambaleándome, salí al espacio iluminado por la luna, tartamudeando:

—Papá, papá, déjame que te explique...!
Pero él hizo un gesto violento señalándome la casa y gritó:
—No quiero ninguna explicación. ¡Entra! ¡Entra! ¡Entra!

Obedecimos Ben y yo y en la puerta encontramos a mi madre que se retiró para dejarnos paso.
—¿Qué vergüenza! ¿Qué vergüenza! — gimió —. ¡Una hija mía!

Yo me disponía a volver a mi cuarto para acabar de vestirme, pero mi padre me lo impidió diciéndome que después de lo ocurrido no valía la pena. Yo le cogí por el brazo suplicándole que me permitiera explicarme, pero no quiso atender a mis palabras, asegurándome que le bastaba lo que había visto. Luego, observando que Ben guardaba silencio, añadió:

—Supongo que ya comprenderás la necesidad de casarte con mi hija, pues te equivocas si te figuras que podrás librarte después de haberte divertido con ella.

—Está bien — dijo volviéndose a mi padre —. Me casaré con ella, señor Agnes.

Yo retrocedí un paso. Al ver en sus ojos una mirada burlona, me alejé, echándome a llorar con toda mi alma.

Mi hermana Laura se acercó a su vez diciendo:
—¡Valientes estudios los tuyos! ¿Cuánto tiempo hace que duran?

—¿Que haya hecho eso una hija mía! — exclamó mi madre secándose los ojos llenos de lágrimas —. Pero, en fin, el pobre Ben se ha portado bien, porque otros se habrían negado a casarse. Puedes asegurar que estás de suerte, aunque no lo merezcas — añadió.

Inútil fue que yo me esforzara en dar explicaciones, porque nadie quiso hacerme caso. Desesperada me fui a la cama, llorando toda la noche. Por fin me quedé dormida y a la mañana siguiente, al despertar, recordé lo ocurrido en la noche anterior y de nuevo me entregué al llanto.

Poco tardé en comparecer mi madre, quien me dijo que podía darme por contenta de que nadie se hubiese enterado de mi conducta vergonzosa y que se había fijado el día de la boda para una semana después de la de mi hermana.

De nuevo le rogué que me permitiera explicarle lo ocurrido, pero tampoco quiso hacerme caso.

Aquel día fue una pesadilla horrorosa. Mi hermana me miraba de un modo raro y mi madre se manifestaba satisfecha de la conducta de Ben. Dierop, por fin, las cuatro de la tarde, oí la campana de la escuela. Había terminado el día escolar que tanta dicha debía de haberme ofrecido. Pero en vez de conquistar la libertad que tanto había deseado, veíame más atada que nunca a la vida de que quisiera haber escapado.

Por la noche, el novio de mi hermana nos invitó al cinematógrafo, pero me negué a salir pretextando que tenía dolor de cabeza.

Pero mi madre me dirigió una mirada severa y no tuve más remedio que aceptar. Ben me hablaba, pero yo no le contesté una palabra. Cuando al volver a casa propuso ir a dar un paseo, me negué encolerizada.

—Ven, pequeña — me dijo —. Alégrate y recuerda que no voy a comerse.
—¿Eres un embustero! ¡Mentiste de un modo infame! ¡Fías consentido que se figuren una infancia!

—¿De qué habría servido negarle? — replicó él —. Nadie nos habría creído. — Guardé silencio, pues comprendí que era cierta.

PASARON muchos días. Laura estaba ocupada en terminar su ajuar, en extremo satisfecha. A mí, poco me importaba lo que pudiese ocurrir, puesto que ya se había cerrado el posible camino de mi libertad. Mi madre me pregunta-

ba a veces si me encontraba mal, pero yo le supliqué que no me dejara en paz, asegurándole que no me comprendería.

La víspera de mi casamiento fuimos a pasar mi casamiento y yo con nuestras respectivas parejas. De pronto, Ben propuso ir a la vieja mina, a lo que yo accedí, pues tanto me importaba una cosa como otra. El paseo fue largo y me fatigó, pues hacía ya muchos días que apenas comía. Por fin, Ben tendió su chaqueta en el suelo y en cuanto me hubo sentado, exclamó:

—Mañana serás mía por completa.
—¡Ojalá me muriese antes de mañana! — exclamé.
—¡Qué bestiarada eres! — dijo él riéndose y contemplándome —. Precisamente por eso te quiero tanto.

Y estrechándome en sus brazos empezó a besarme en la boca, a pesar de mis gritos y de mi resistencia. Luego, en vista de que me echaba a llorar, me soltó diciendo:

—No seas así, tonta. ¿Por qué no quieres casarte conmigo? ¿Acaso porque quieres seguir estudiando? — preguntó.

Yo afirmé moviendo la cabeza y él se quedó silencioso. Luego se puso en pie, encendió un cigarrillo y después de unos instantes de silencio se acercó a mí y dijo:

—Escucha, Margarita. Tengo un plan. Mañana te casas conmigo y yo te mandaré a la escuela superior.

—¿Tú? — exclamé, levantándome de un salto.
—Sí. Te mandaré a que estudies durante tres años; si me prometes volver a mi lado una vez hayan transcurrido.

—Será una cosa muy rara — objeté — ser tu esposa y al mismo tiempo asistir a la escuela.
—Nos casaremos, pero no serás mi esposa hasta que hayan pasado tres años.

—¿De manera que podré ir a la escuela superior? — exclamé, radiante de alegría.
—¡Oh, Ben! ¡Si es así, haré todo lo que quieras.

—Lo haré — contestó, arrodillándose a mi lado — siempre y cuando me jures volver.

—Lo juro — exclamé, cogiéndole las manos para besarlas.
Pero él me lo impidió diciendo:
—Si quieres besarme, hazlo bien.

Yo le besé y él me estrechó en sus brazos, exclamando:
—¡Cuán duro será tener que esperar tres años!

Al día siguiente yo estaba alegre en extremo, pues, al fin, se abrió mi camino para alcanzar la libertad. Es cierto que tenía que regresar a los tres años, pero en este espacio de tiempo pueden ocurrir muchas cosas. Mi hermana me miraba con suma extrañeza, y mi madre, complacida, se figuró que había recobrado el buen sentido.

Nos casamos por la tarde. Ben me llevó a la ciudad, me buscó alojamiento cerca de la escuela y me prometió mandarme dinero todas las semanas. Luego me dejó y no le vi ni una sola vez durante los tres años siguientes.

Aquella temporada trabajé mucho. Aprovechaba las vacaciones de verano para adelantar un curso, de manera que al final del tercer año había terminado ya el último. Mi hermana me escribió algunas veces, pero Ben se abstuvo porque el arte de la escritura era demasiado complicado para él. La única prueba que tenía de que continuaba vivo era su envío semanal de dinero, que no faltó una sola vez.

TERMINADOS ya mis estudios tenía que volver, pues lo había prometido. Sin embargo, esperaba que mi marido me daría la oportunidad de devolverle sus adelantos, permitiéndome aceptar alguna de las varias plazas que me habían ofrecido. Así, pues, emprendí el viaje de regreso.

Por vez primera en mi vida iba bien vestida. Como Ben me mandó más dinero del que necesitaba, durante los tres años pude aburrir cuatrocientos dólares. Con la ropa buena que me compré estaba guapa y elegante por demás.

Al llegar me dirigí a mi antigua vivienda, pero la encontré desierta, pues mi familia se había trasladado a otro pueblo. Como los mineros se habían declarado en huelga, reinaba la escasez y hasta la miseria en las familias obreras.

No puedo negar que sentí asco y repugnancia al recorrer aquellas calles llenas de barro. Al llegar a la casa de mi hermana llamó a la puerta. En seguida apareció Laura, pero ¡qué cambiada! ¡Era posible que aquella mujer sucia, enflaquecida y desgreñada pudiera ser mi linda hermana de otros tiempos?

—¿Qué desea usted? — preguntó malhumorada.
—¡Laura! ¿Es posible que no me conozcas? — exclamé —. Soy Margarita. — Me miró unos instantes y exclamó:
—¡Qué sorpresa! Entra, entra.

A pesar de que la casa era misera y sus hijos estaban sucios y eran desagradables, quise fingir un entusiasmo que no sentía, pero mi hermana me dirigió una mirada de través y dijo:

—No mientas. Yo estoy hecha un espantajo, mis hijos parecen demonios y la casa es horrible. Has hecho mal en volver, Margarita. Ahora, a causa de la huelga, estamos pasando una temporada muy mala.

—¿Dónde está Ben? — pregunté desdentada. — ¿Aquí?
—Sí, aquí — contestó mi hermana —. Es uno de los que más defienden la huelga, pero es natural. El no ha de mantener a ninguna familia. Puedo asegurarte que hace ya varias semanas que no he comido a gusto y también mis hijos están necesitados.

Como yo tenía dinero, salí a comprar lo más necesario y al pasar por la calle pude ver varias señales de que la escasez y las privaciones eran generales. En una esquina había un carro de bombas escuchando a un orador espontáneo que les arengaba, subido en un cajón, a no cejar en su empeño, pues los patronos acabarían viéndose precisados a ceder. Me fijé en aquel hombre en quien pude reconocer a uno de mis compañeros de viaje que me llamó la atención en el vagón restaurante por lo mucho que comía. Y entonces, precisamente, aseguraba que antes se dejaría morir de hambre que ceder en lo más mínimo.

Tales palabras por parte de aquel hombre trágico y sensual, que seguramente era un agitador pagado, me disgustaron en alto grado, y obedeciendo a un impulso que no pude resistir, me acerqué al grupo y exclamé:

—¡Ese hombre os engaña! ¡No es un obrero, sino un agitador pagado! No creo que quien ha comido con el lujo y la abundancia con que lo ha hecho él en el tren sea capaz de pasar un momento de hambre.

Los oyentes se volvieron hacia mí con airados rostros, pero en cuanto me hubo dado a conocer cambió la expresión de sus semblantes y algunos de ellos abandonaron el carro con señales de disgusto.

Yo fui a hacer mis compras y cuando salía de la tienda, cargada de paquetes, se acercó a mí un joven y descubiéndose cortésmente, dijo:

—Oí sus observaciones a los obreros y quisiera rogarle que me diese todos los detalles posibles.

Y como yo le mirase con cierta desconfianza, añadió:
—Pertenezco a la oficina central. Esta situación nos tiene muy preocupados.

—¿De manera que es usted un propietario? — pregunté fríamente, animada por los prejuicios que me habían inculcado.

—Soy el hijo de uno de los propietarios — dijo sonriendo.
—Pues he de decirle que se equivoca usted. Si habló contra ese sinvergüenza, no por eso debe entenderse que dejó de simpatizar con mi gente.

—¿Con su gente? — preguntó incrédulo —. Es usted demasiado fina y hermosa para que pueda pensar y opinar igual que esa gente. Pero déme algunos de esos paquetes para que los lleve.

Y sin esperar respuesta me tomó el mayor de las manos.
—Ahora —añadió— tal vez pueda usted darme alguna indicación útil.
—La de que cedan ustedes —me apresuré a replicar—. Pueden ustedes hacerlo, ya que piden muy poco si se tiene todo en cuenta.
—¿Y qué es eso?
—Ante todo el peligro —contesté—. Tal vez no haya usted visto nunca sacar los cadáveres de una mina después de ocurrir un siniestro. Crea usted que entonces todas sus peticiones parecen insignificantes.
—Tememos que pidan más en otra ocasión si cedemos ahora —contestó.
Como entonces llegamos ante la casa de mi hermana, le pedí el paquete que llevaba y me despedí, recomendándole de nuevo que satisficiera las peticiones de los obreros.

En casa de mi hermana encontré a mi cuñado, que se limitó a saludarme con un «¡Hola!». Apenas había cambiado, sólo se había hecho algo más corpulento. Mirándome con ironía expresó su opinión de que Ben me encontraría muy transformada, aunque sin aclarar en qué sentido.
En aquel momento se abrió la puerta y apareció Ben, que se quedó mirándome con expresión de incredulidad y palideciendo un poco. Yo también fijé en él los ojos y noté que se había hecho un hombre, pero que era muy gaipo, robusto y agradable. En una palabra, tenía aspecto de hombre hecho y derecho.

—¡Por fin has venido! —exclamó.
—Te prometí volver —le contesté sencillamente—. ¿Te figurabas lo verme más?
—Estoy seguro de que no has vuelto por tu gusto. ¿Dónde está tu equipaje?
Yo le expresé mi deseo de quedarme algunos días en compañía de mi hermana, pero Ben me dijo que tendría tiempo de sobra para verla, y que, además, en la casa estaban muy estrechos. En vista de sus palabras me puse el sombrero y el abrigo, tomé mi maleta y salí seguida por una mirada compasiva de mi hermana.

Entramos en una casucha que no se diferenciaba en nada de las demás de la misma calle. Cuando estuvimos en la habitación principal, mi marido se quedó en pie delante de mí, diciendo:

—Has cambiado mucho.
—Los dos hemos cambiado —le contesté.
Ambos guardamos silencio. ¿Cómo le expondría el proyecto que tanto me importaba realizar? Por fin le dije:
—Quiero hablarte. Hazme el favor de sentarte.
—Siéntate tú —replicó— y te escucharé.
—Como antes has observado —empecé diciendo—, he cambiado y tú también, hasta el punto de que apenas nos conocemos. ¿No te parece una tontería empeñarnos en seguir juntos?
—Continúa —dijo Ben.

—Sé que te debo mucho —proseguí diciendo—. No creas que soy ingrata. Te debo más de lo que podría llegar a pagarte. Pero creo que, puesto que los dos hemos cambiado, yo podría volver a la ciudad y dedicarme a la enseñanza. Te devolvería el dinero que me has adelantado y hasta, incluso, te pagaría intereses.

—¿Has terminado?
—Sí.
—Escúchame ahora tú. No quiero que me devuelvas el dinero. Cuando te dejé marchar me prometiste volver y eso me pareció bastante recompensa. Por consiguiente, no pido otra cosa sino que me pagues contigo misma. Por mi parte, pues, creo que debemos dejar las cosas tal como están.
—Pues si tú piensas así, yo soy de distinta opinión —exclamé—. ¡Yo no podría vivir en esta casa y ser tu esposa! ¡No! ¡Esa me mataría!

Ben sonrió con amargura y dijo:
—Ya veo que hice mal permitiéndote marchar. Pero ahora te quedarás aquí y serás mi esposa.
En efecto, me quedé allí y fui su mujer. La huelga duró aún tres semanas y terminó con una transacción. Aquella temporada fue horrible para mí, pues no hallaba el menor placer en relacionarme con mis vecinos que, a la vez, me inspiraban repugnancia y compasión.

Para distraerme solía dar largos paseos por el campo. En cierta ocasión encontré al joven con quien hablé el mismo día de mi llegada, es decir, el hijo del propietario de la mina. Él me saludó y me acompañó. Hablamos y aunque es posible que yo hiciera mal, el caso es que estaba ansiosa de tener alguien con quien conversar. A partir de entonces nos encontramos varias veces y un día, por fin, me dijo que me amaba.

—No diga una palabra más —le contesté—. Sepa que estoy casada con Ben Tomás.
—¡Casada! —exclamó asombradísimo, dando un paso atrás.

—Siento mucho haber dado ocasión para esto —le dije—, pero si na me he opuesto a nuestro trato fué porque me encuentro muy sola.

—Pues yo también debo pedirle perdón —me contestó—. Ignoraba esta circunstancia, pero me proponía ofrecer a usted ser mi esposa.

—Su esposa! Tales palabras me deslumbraron. Aquello era una tortura para mí. En estas dos palabras había para mí el paraíso, pero más era el paraíso perdido.

Le dirigí una triste mirada y él se inclinó para tomarme las manos, que me besó con cariño. Luego se marchó dejándome llena de dolor.

En cuanto terminó la huelga se reanudó la vida ordinaria. De nuevo volvió a correr el dinero y los obreros y sus familias recobraron el bienestar. Pero mi vida cada vez era más desagradable. Al principio me esforcé en lograr que Ben se interesara por mis libros y por las cosas que yo amaba, mas pronto pude advertir que, lejos de atender mis indicaciones, se resentía por lo que creyó descos de demostrar mi superioridad. En cambio insistía en que me relacionase con sus amigos y vecinos. Compró una pianola que me atapaba los nervios y cuando le rogué que no la tocara más, me replicó que también le molestaban mis libros y se contentó. Y uniendo la acción a sus palabras, se levantó de un salto y tomando un libro que estaba leyendo lo arrojó al fuego.

—¿Cómo le atreves a hacer eso? —exclamé con voz temblorosa—. ¡Eres un animal! ¡Te odio!

Se acercó a mí con los puños cerrados y me sentí caer hacia adelante. Luego no supe más. Cuando abrí los ojos, me vi acostada, acompañada de mi hermana y del médico de la compañía.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con voz débil.
—Nada más que un ligero desmayo —me dijo el mé-

dico con acento tranquilizador—. Mañana estará usted completamente repuesta.
—¿Estás mejor? —me preguntó Laura—. No me has dicho nada. ¿Cuándo será?

—En abril —le contesté secamente—. Ahora vete, pues quiero dormir.
Mas no lo conseguí. Desesperada, vi que tendría un hijo, que sería como mis sobrinos y como todos los niños de la localidad. Y yo misma, al pensar en los años que me aguardaban, me contemplé semejante a las demás mujeres de los mineros. Pero ¿qué me importaba ya eso? Mejor sería que me muriese cuanto antes. Luego me dormí y tuve algunas pesadillas. Al despertar encontré a Ben sentado a la cabecera de mi cama. Con voz temblorosa me pidió perdón por lo ocurrido, diciendo que ignoraba mi estado, pero yo no le contesté.

Y en cuanto me quedé sola volví a pensar en la muerte. Era el único camino que me quedaba. No me suicidaría, pero me dejaría morir. Nada más.

El doctor me contemplaba cada vez con más grave expresión. Sumida en una especie de letargo, no hacía caso de los esfuerzos de mi hermana ni de los cuidados de Ben. Tampoco me importaba la esperanza de mi maternidad.

Una noche, después de cenar, yo estaba sentada en un sillón mirando por la ventana. Ben se acercó a mí, me acarició el cabello y poco después se dejó caer de rodillas a mi lado, exclamando:

—¡Oh, Margarita mía! ¿Qué he hecho de ti? ¿Será posible que deba perderte? ¡Oh! —añadió furioso—. Deja que pueda poner mis manos en el pequeño. ¡Juro que he de matarlo! ¡El tiene la culpa de todo!

Yo lo miré extrañada y él prosiguió:
—¿Para qué quiero a un muñeco llorón? ¡A ti es a quien quiero! ¡A ti y a nadie más! ¡Te amo, Margarita! ¡Te amo! ¡No sabes cuánto sufrí durante tu ausencia! ¡Qué mal hice dejándote marchar! Ahora estás muy lejos de mí... y...
Y levantándose de pronto se alejó, hundiéndose en la obscuridad.

Yo me quedé pensativa, fijándome en algo que no era yo misma. El niño. Sería también mi hijo! ¡Y el pobrecillo no tendría un solo amigo en el mundo! De nuevo se cerraba el camino de mi libertad, pues tenía que vivir para él...

A partir de aquel momento me esforcé en alimentarme, con grande alegría de Ben y así me restablecí y tuve un hijo fuerte y robusto. Ben estaba loco de alegría y yo era casi feliz.

Entonces ocurrió la explosión. Fue en el turno de noche e hizo estremecer todo el pueblo. Ben trabajaba de día, pero se apresuró a vestirse para salir. En breve el pozo se vió rodeado de gente; de obreros pálidos y de mujeres desesperadas cuyos maridos y cuyos hijos estaban abajo.

DURANTE todo el día la gente rodeó el pozo del que salían blancas nubes de humo. Llegó la tropa, la cual casi por la violencia tuvo que obligar a las mujeres a que se alejasen. A mediodía llegó un tren especial con los propietarios de la mina que llevaban algunos médicos y material de curación y de socorro. Pero durante todo el día fué imposible entrar. A la mañana siguiente dejó de salir humo y a pesar de que la mina debía de estar llena de gases ponzoñosos, se



—Quise fingir un entusiasmo que no sentía.

dispusieron a bajar. Pidiéronse voluntarios y Ben fue uno de los primeros en ofrecerse. Lo acompañaron cinco hombres y entre ellos estaba el hijo del propietario, el que me había declarado su amor.

Yo estaba apenada en extremo, pues en la temerosa aventura se hallaban comprometidos el hombre a quien amaba y el marido a quien respetaba. Porque, en efecto, amaba a aquel hombre; no podía negárselo a mí misma.

Estábamos todos en torno del pozo, sin atrevernos casi a respirar, a fin de oír el grito que habían de dar los que componían el grupo de socorro para indicarnos el momento del éxito de su empresa, por lo menos que vivían. Por fin lo oímos muy lejano y lleno de alegría. Algunas mujeres se desmayaron. Poco tardaron en aparecer, pero en cuanto la vagoneta del montacargas subió a la superficie sólo contaba cuatro salvadores.

Refirieron que habían encontrado obstruida la galería, pero Ben dijo que evocaba otro paso que conducía al túnel en que quedaron enterrados los obreros.

El camino podía ser muy peligroso y solamente un hombre tuvo el valor de acompañarle; el hijo del propietario.

Permanecimos allí mucho tiempo. Al cabo de cuatro horas no había señales de los dos salvadores.

Hacia las diez estábamos todos más muertos que vivos, pero nadie pensaba siquiera en marcharse. De pronto el propietario reclamó silencio, se asomó a la boca del pozo y en efecto, oímos una lejana llamada. Pocos instantes después supimos que se habían salvado todos. Excusado es decir cuánta fué la alegría general.

En cuanto aparecieron los hombres salvados dieron cuenta de que había un herido: Ben. Lo llevaron al hospital y los médicos trabajaron lo indecible para salvarlo. Por fin una de las enfermeras se acercó a mí. No tuvo necesidad de decirme lo que ocurría, pues en su rostro leí que no había salvación para mi marido.

—Lléveme a su lado— dije.
Me hizo entrar y en cuanto penetré en su habitación, los médicos se retiraron para permitirme el paso. Ben estaba despierto y satisfecho y sonriendo me dijo al verme:

—Los he salvado, Margarita!—
Me arrodillé y le besé la mano, pues no podía hablar. Me sentía pequeña, despreciable, por haber creído ser demasiado para esposa de un minero que tales pruebas acababa de dar de heroísmo.

—He tenido suerte, Margarita —me dijo—, porque de haber seguido viviendo no habría tenido valor para dejarte. En cambio, ahora...

—¡Oh, Ben, cállate! ¡Me destruyas el corazón! ¡Te debo cuanto soy en el mundo y te juro que te amo! ¡Te lo juro! — exclamé haciéndole callar con mis besos.

El sonrió en extremo satisfecho, pero cuando la enfermera me obligó a retirarme aquella sonrisa se había helado en sus labios.

Por fin la puerta se había abierto, después de desaparecer el guardián. Libre estaba el camino de mi vida, pero las sombras que dejaba atrás me eran muy queridas. Y mientras recorría aquel camino no olvidaba que alguien que me amaba me aguardaba y que sola iría un día a reunirme con él.

EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CARLOS GARDEL

(Empieza en la página 73)

muñeca de carne y hueso. ¿Es rusa, hebrea, italiana, francesa? Nadie lo sabe. Es la amante del artista —la amante de turno, triste condición para ella, «para ellas»—. Una mujer romántica y moderna a un tiempo que se aprende de memoria todas las canciones «de su niño» y le cepilla los trajes mientras fuma cigarrillos perfumados...

Un día Gardel rompe firmemente con esta mujer; pero sin violencias, sin enojosas escenas... por la conformidad de ella, empujada por un viento adverso al lado de Carlitos, para partir de su lado de un modo rotundo y definitivo.

—Comprende —le dice Carlos— que tú eres un obstáculo en mi camino. Yo quiero triunfar, entregarme plenamente a mi arte. Lo mejor es que nos separemos.

—No me quieres ya? —gime la infeliz—. ¿Te has cansado de mí?...

—No, de ningún modo. Te he querido, a mi manera, claro está. Te quiero aún; pero... mi dilema es terrible. Para triunfar, mi arte exige no pocos sacrificios. Tengo que reservarme, privarme de muchas cosas... El vicio es enemigo del arte. Comprendrás que esta vida que hacemos, aunque muy grata y deliciosa para mí, no lo niego, en cambio es mortal para mi arte. Es una vida de libertinaje y corrupción...

Su primer viaje a España. — Gardel obscurece a Spaventa.

CUANDO UNA noche en compañía de varios amigos, éstos le sugieren la idea de emprender una «tournee» por España y se presenta en Madrid en 1925, al frente de una compañía argentina, con la que actúa en el Teatro Apolo.

España, la tierra que más había de querer el infortunado artista después de «su» Argentina... España, que le deslumbraba con el espejismo de sus mujeres y su cielo azul y la campechana de sus habitantes...

El viaje era propicio. Entonces en España el tango estaba en boga, así como las orquestas típicas argentinas, que muchas veces no tenían de tales más que el nombre, pues estaban compuestas por músicos que jamás pisaron América, aunque vestían el traje gaucho con sin igual soltura.

Orquestas «argentinas» en «cabarets», teatros, fiestas de importancia. No

obstante, el tango tenía un rival: el jazz. Por tanto, el charleston y el tango habrían de librar su poco de batalla. Los partidarios de una y otra modalidad artística estaban casi igualados. Pero surgió Carlos Gardel...

Como ahora los danzones, las rumbas y aires antillanos, entonces se prodigaban las zambas, chacuraras y vidalitas argentinas. Triunfaba Spaventa.

Bien pronto los públicos se rindieron a Gardel incondicionalmente. En Madrid, Barcelona y Sevilla, obtuvo sus más señalados triunfos. La maravilla de sus melodías, el arte con que las interpretaba y su voz bronca, pero de modulaciones cálidas y arrulladoras, cautivaron a cuantos tuvieron la dicha de escucharle, haciéndole popularísimo.

—Los españoles —decía Carlos Gardel— son extremadamente curiosos y muy simpáticos. Mis mejores éxitos a ellos se los debo. Cuando en 1925 puse por vez primera mi planta en esa bendita tierra, experimenté una gran emoción. Me parecía que estaba en mi patria, entre personas familiares que me trataban con nobleza y admiración. Si alguien me preguntara qué más quiero en el mundo, respondería sin vacilar, que después de la Argentina, vivir en París y cantar en España.

Londres, Berlín y Viena. — El rey del tango con el rey de Suecia. — Canta en palacio.

EN 1927 el tango se había puesto de moda en Europa. Requerido por varios empresarios, Carlos Gardel trabajó en Londres, Berlín y Viena.

En Niza, conoció al rey Gustavo de Suecia, una noche que actuaba en una función de gala. El monarca, a quien sin duda gustaban las canciones de Gardel, le invitó a que cantase en su palacio de Estocolmo. Ofrecimiento que el artista no pudo aceptar por impedírselo diversos contratos firmados.

Niza, Ostende, Deauville... Recorrió toda la Costa Azul. Al volver a París, pasados unos meses, de nuevo se encontró con el monarca.

El rey Gustavo le hizo el mismo ofrecimiento de que cantase en su palacio, para él y su corte, y esta vez aceptó Carlos Gardel, marchando en compañía del angusto personaje a Suecia.

Recibimiento épico; fiesta de gran gala; hasta unos programas de peregrinación, con la effigie de Carlos Gardel, se repartieron entre la concurrencia palatina.

El tango en Suecia lo confundían con la mazurca. Gardel, con la emoción de su arte, les hizo comprender la enorme diferencia de una y otro. Trabajo le costó «emocionar» a los distinguidos personajes y a las augustas personas. Después de haber expuesto toda la gama de su repertorio, vió con pena Gardel que aquella gente no se conmovía, que permanecía poco menos que insensible a las excelencias de su arte, estilizador de canciones criollas, esto es, creador del tango rítmico y sentimental.

Volvió Gardel a cantar, entonó de nuevo todo su repertorio... y, por fin, logró que lo aplaudieran con calor, con entusiasmo, que sus canciones fuesen «también» comprendidas en Suecia... Triunfo supremo y apoteósico que sólo a los elegidos de los dioses les es dado alcanzar.

Su primera actuación en la pantalla. — Las películas que ha interpretado y su mejor interpretación.

LA primera actuación de Gardel en el cine fue en *La canción del gaucho*. Me encontraba por entonces en Santander. Era en el verano de 1931. Una noche, al llegar a la redacción del periódico en que trabajaba, me encontró una tarjeta sobre mi mesa de trabajo. Era de un señor argentino, enviado extraordinario del diario *La Epoca*, de Buenos Aires. Una invitación para el cine Victoria, salón donde se proyectaba *La canción del gaucho*, cantada por Carlos Gardel.

Hablase hecho una extraordinaria propaganda. «Podrá usted oír su voz de oro», rezaban las gacetas de prensa y los carteles murales.

Yo, al igual que los espectadores, quedé algo decepcionado viendo que Carlos Gardel no aparecía en la pantalla.

Pero la «reclame» había constituido un gran

Ninguna señora
deberá olvidar para su
toilette intime

Sales timoladas **SALUS**
DE MEDIANA DE ARAGON
CAJITAS A 1'50 Y 2'50 PESETAS

éxito de laquilla. El rey del tango tenía sus motivos para no aparecer en la pantalla: ignoraba muchas de los secretos del éxito cinematográfico. El séptimo arte permanecía entonces casi ignorado para él. En cambio luego, ¡qué grandes cualidades históricas se descubrieron en el inimitable artista...! En 1931, estando en París, contratado por la Paramount, marchó Carlos Gardel a Joinville a filmar su primera película, en la que se le aprecia de cuerpo entero: *Luces de Buenos Aires*.

En una entrevista que le hizo a su regreso a la capital de Francia un periodista amigo mío —Asencio Olmos— Gardel le dijo:

—Me gustaba mucho el cine, pero las proposiciones que se me habían hecho anteriormente no encuadraban en mis aspiraciones. Yo deseaba un papel dramático, de ese dramatismo puro y sencillo de la gente campera. Por eso acepté la proposición de la Paramount, en seguida de conocer el guión de la película.

Dentro de unos meses terminó mi contrato en el Palace y cruzaré el Atlántico para seguir mi «tournee» por América. Pero antes iré a España, a cantar ante el público, ese público español que siempre llevaré en mi corazón.

El éxito de *Luces de Buenos Aires* fue algo realmente grandioso, parecido al de *Melodía de arrabal*. El primer film le incorporó definitivamente al cine. Es también el que más ha gustado a las mujeres.

Claro está que entonces Gardel era un actor muy deficiente y su rostro no se prestaba a los «closeups», pues se atenía con los primeros planos. Sabía moverse, esa sí, con soltura y sin afectación y era sobrio en el diálogo y matizaba hábilmente las escenas de mayor con promiso. Había en Carlos Gardel un actor dramático bastante considerable que luego Hollywood, con todo interés, acabaría de crear; un Gardel de atracción definitiva y arte perfecto.

Las canciones interpretadas en la pantalla ganaban en efecto y vistosidad. Cuando Gardel era ya un magnífico actor del cine —como en su penúltima película *Tango Bar*— los efectos logrados en el público por este artista singular eran sorprendentes y completos. No podía exigirse más: una dicción siempre proporcionada y unos ademanes correctos. En parte, este milagro —justo es consignarlo— se debe a ese equipo perfecto y disciplinado que poseen los estudios americanos: maquilladores, masajistas, electricistas.

Gardel mismo, al verse reproducido en la pantalla, reconoció que tenía una nueva personalidad; ya que su primera gran ilusión de ser un gran barítono, no había cuajado, «al menos» quería ser un gran actor de cine y el Tita Rufa de los tangos, como le decía entusiasmado y sinceramente algún amigo.

Carlos Gardel hizo en Joinville las siguientes películas: *Luces de Buenos Aires* (con Sofía Bozán); *Esperame* (con Goyita Herrera), película que, entre paréntesis, no le había dejado nada satisfecho; *La casa es seria* (skeletal; con Impelio Argentina) y *Melodía de arrabal* (con la misma). Esta última contiene el tango más dramático que se escribiera y fue un triunfo tan rotundo que, lo mismo que en *Luces de Buenos Aires* en su estreno en Madrid, el público, entusiasmado, casi loco de emoción, exigió se interrumpiera la proyección para repetir el tango pronto famosísimo *Silencio en la noche*.

De todos modos era preferible no verle el rostro en primer término, pues los primeros planos le perjudicaban. Este defecto, quienes primero lo advertían eran las mujeres; pero lo compensaba sobradamente con el encanto de su voz. También cuando cantaba se ponía muy feo.

Claro está que cuando iba a verse una película de Carlos Gardel no se pensaba en el actor sino en el cantante. A la mayoría del público lo que más le interesaba eran sus canciones. Se encantaba oyéndole y no se hubiera causado aunque se las repitieran mil veces.

Aun así se le prefería en la pantalla. Creemos que su labor era más artística que en el escenario. Última grande que la muerte, en pleno auge de su fama y cuando ya iba compenetrándose de una manera admirable con todos los secretos del séptimo arte, le impidiera realizar obras de mayor envergadura.

En Nueva York y Hollywood filmó las siguientes películas: *Esta abajo* (con Anita Campillo); *El tango en Broadway* (con Trini Ramos); *El día que me quieras* (con Rosita Moreno); *Tango Bar* (con la misma) y *Cazadores de estrellas* (su última película, en compañía de un grupo de artistas famosos en los Estados Unidos).

La película que filmó con mayor satisfacción, según propia confesión de Carlos Gardel, fue *Melodía de arrabal*.

El encanto de su carácter y su enorme popularidad. — En la National Broadcasting Company de Nueva York. — Su trágica muerte.

Tenia Gardel un carácter encantador. Cuantos trabajaban con él le adoraban; su camaradería era proverbial. Jamás censuraba la actuación, no ya de ningún director, sino del último comparsa. Para todos tenía una frase de estímulo, una sonrisa cordial, un consejo sincero. Por el «set» corrían de mano en mano las fotografías de Carlos Gardel, que incansable escribía dedicatorias y autografiaba libros a los fanáticos que le perseguían.

La idea de su enorme popularidad los recibían los apoteósicos que solían hacerle a su llegada a las grandes ciudades americanas. En San Juan de Puerto Rico aguardaba su llegada una manifestación de mujeres que, a pesar de lo intempestivo de la hora —las seis de la mañana— le esperaban ansiosas y siempre entusiastas.

En tanto —cómo no!— las aventuras amorosas sucedíanse sin interrupción. Lo mismo en París —donde las mujeres se lo rifaban— que en Londres, en Berlín y Viena. En Nueva York, cuando cantó en la National Broadcasting Company —extendiendo su voz por las ochocientas emisoras norteamericanas— haviéronle las cartas, los regalos, las citas y las declaraciones de amor...

Una dama yanqui, respetable por su edad y sus millones, enamoróse de él hasta el extremo de que lo perseguía tenazmente. A cada paso surgía ante Gardel: en los pasillos del hotel, en el ascensor, en el salón de ensayo de la Broadcasting, en todas partes. Una noche, al ir a acostarse, Carlos descubrió, con el consiguiente asombro, sobre la almohada del lecho, una corona de laurel, formada con esmeraldas y brillantes. Contemplaba «la joya» cuando, esta vez con desagradable asombro, vio una dama, una verdadera anciana, surgir de debajo de la cama, implorándole amor, suplicando sus caricias... Gardel no se ablandó por el principesco obsequio y puso a la enamorada «de patitas en la calle», es decir, a la puerta de su habitación, en compañía de la corona de esmeraldas y brillantes.

Era Gardel un perfecto caballero, un galán romántico, que hacía soñar y hasta enloquecer de amor a muchas mujeres, disgustadas de su propia vida triste y prosaica. En él veían un personaje romántico —¡por qué no al príncipe azul de los cuentos de hadas?— al que la mayoría se entregaba con la imaginación, soñando mil quimeras y sedientas de cosas fantásticas y deliciosas. Sólo comprendían el ritmo dulce y embriagador de los tangos y adivinaban el contenido de su letra...

Bello y dulce ejercicio el de Gardel: amar y dejarse amar por las mujeres. La mujer, lo más bello de la vida, leimos no recordamos dónde. El amor, lo único por lo que vale la pena vivir.

Y llegamos —bien sabe Dios que nos contrista— al momento de su trágica muerte, de su desaparición de los escenarios, que fueron testigos del entusiasmo de las multitudes y del llenzo, que últimamente lograba animar de manera magistral y perfecta.

Terminada su temporada en Colombia, Carlos se proponía seguir a Panamá, Cuba y más tarde a los Estados Unidos, donde habría de filmar una película en inglés y partiría hacia Europa. Apenas el avión emprendió el vuelo en el aeropuerto Olaya Herrera, de Medellín (Colombia), otra de una línea

alemana chocó violentamente con el que iba el infortunado Carlos y sus compañeros, produciéndose el accidente en el cual perecieron quince individuos de una y otra nave aérea.

Entre los que le acompañaban, figuraba una dama distinguida y conocida que abandonaba su hogar conyugal por no serle posible resistir el influjo magnético del artista, a quien adoraba de veras y a quien a toda costa quería seguir; última aventura de amor de Gardel, que en cierto modo recuerda la muerte de los gladiadores en el circo; en su plena función, en lo que les es peculiar, en su profesión, como el artista que perece por su arte y el profesional en lo que suele llamarse «actos de servicios».

El cuerpo de Carlos Gardel fue extraído de entre las llamas siniestras en un estado que hacía difícilísima la identificación.

Sus restos fueron conducidos al cementerio de San Pedro, con toda solemnidad. Una manifestación imponente, compuesta casi en su totalidad de mujeres, siguió el fúnebre cortejo con el corazón traspasado y las lágrimas en los ojos.

La madre del artista inimitable, Berta Gardel, que contaba entonces sesenta y cinco años, se trasladó definitivamente a Buenos Aires, desde París donde residía. No quería ya separarse de los queridos restos de su hijo, a quien pensaba dar definitiva sepultura en Buenos Aires, la ciudad porteña, «la bien amada» de Carlitos Gardel... hecho ya recuerdo.

MANUEL P. DE SOMACARRERA

BIBLIOTECA DEL PUEBLO

Esta publicación, destinada a divulgar entre el pueblo los conocimientos sociales, empieza su labor educativa con la edición de la obra que el público esperaba y que todos deben adquirir.

Historia de las Revoluciones Sociales



ESPARTACO

escrita por destacados y competentes especialistas que en forma clara y amena exponen las luchas que a través de la Historia ha sostenido la Humanidad, llevada de su afán de establecer una igualdad social justa y perfecta, que es ideal común de todos los tiempos.

Historia de las Revoluciones Sociales

se publicará en grandes cuadernos de 24 páginas, artísticamente ilustrados, con cubierta en huecograbado y colores. Estos cuadernos, cada uno de los cuales contendrá un relato completo, aparecerán cada dos semanas y, en conjunto, formarán un magnífico tomo, por medio del cual el lector podrá seguir la Historia del Mundo a través de sus reivindicaciones sociales.



GUILLERMO TELL

Se ha puesto a la venta el primer cuaderno, titulado ESPARTACO

Exposición del estado social de la antigua Roma y de la epopeya de aquel gran gladiador que luchó heroicamente para abolir la esclavitud.

EL CUADERNO NUMERO 2, TITULADO GUILLERMO TELL

aparecerá el próximo 21 de noviembre y contendrá un relato completo de la heroica gesta de este genial libertador del pueblo suizo.

COMPRE ESTOS PRIMEROS NÚMEROS

para saber nuestro programa a desarrollar y

SERA UN COLECCIONADOR ENTUSIASTA de esta importantísima e interesante obra.

Precio del cuaderno: 30 cts.

De venta en los quioscos de periódicos y en

LIBRERÍAS HYMSA

Diputación, 211 Valverde, 28 Pl. Mirasol, 6
BARCELONA MADRID VALENCIA

Envío por correo si se remite el importe, más 10 cts. para gastos de franqueo, a

EDICIONES HYMSA

Diputación, 211, Barcelona

Dixie Dunbar



A su rostro ingenio y simpático, casi infantil, une la exquisitez de su cuerpo y piernas perfectas, formando un conjunto armónico de belleza y simpatía.

Imperio Argentina

Que los cisnes de Leda
te besen en la boca — nácar, coral y seda —
que tu arte no muera,
Que resbale tu vida
por la senda florida
de una maravillosa y eterna primavera...
Y que el sol de la gloria se complazca en besarte
sobre el alma, lo frente, y sobre el corazón
para pagar el arte
que supiste poner sobre tu arte,
arte de luz y de emoción.



¿Fué sobre el arco iris que llegaste hasta Iberia
al galope sonoro de un pampero centauro
para llenar de lirios los jardines de Hesperia
rendir las azucenas y cosechar el lauro?...
¿O bien te han elegido para traer a España
el beso silencioso de aquel pueblo lejano
que en el Plata se mira y en sus ondas se baña
—orgullo de la gloria del corazón hispano—?...
No lo sé, ni me importa... Has llegado... ¡Es bastantel
Me has traído el tesoro de la emoción divina
que está hecha de alma y está hecha de luz.
Pagaré este regalo del hermano distante
bendiciendo tus cielos — ¡Cielo de la Argentina!
¡Y cielo milagroso del solar andaluz! —

Lope F. MARTINEZ de RIBERA



DRISCILLA LAWSON

Foto M. G. M.



JOAN MARSH

EDICION ESPECIAL LIMITADA

100

retratos de tamaño
16 por 20 cm. de artis-
tas de la pantalla, en
colores, elegante en-
cuadernación en tela y
títulos en oro.

PRECIO:

7'50



Pedidos a:

PROYECTOR

VÉRGARA, 3
BARCELONA



Mande el importe en
sellos o por giro postal.

ESTAMPAS CINEMATOGRAFICAS

La mujer que admiramos no es la mujer que vemos

(Empieza en la página 14)

dirigi *Seventh Heaven* y *Bad Girl*... Para mí, en la vida, en cualquiera, hasta en la más simple, siempre hay una película.

—¿Y cuál es, entre todas las que dirigió, su predilecta?

—*Farewell to Arms*. Y vea usted lo que son las cosas. La Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas otorgó a aquella película todos los premios, menos el que yo anhelaba por la dirección!...

En cuanto nos pusimos a hablar de arte, nos olvidamos de los artistas. Quiero decir, de los intérpretes. Aunque sean los únicos a quienes se llega a proclamar estrellas...

Pero debajo de cada una, artificiales todas, no esperamos encontrar nunca a la mujer que vimos en la pantalla. La otra, la que no vemos, es muy distinta y acaso la más interesante...

MIGUEL DE ZÁRRAGA

AVISO A NUESTROS LECTORES

Debido a las actuales circunstancias que hacen que no todos los que eran lectores de PROYECTOR puedan adquirir la revista, hemos decidido suspender la publicación del diccionario cinebiográfico, reanudándolo tan pronto sea posible la adquisición de PROYECTOR por todos los españoles.

BIBLIOTECA
DEL PUEBLO



El segundo cuaderno de la

HISTORIA DE LAS
REVOLUCIONES SOCIALES

aparecerá el día 21 de noviembre y contendrá, completo, el interesante y ameno relato

GUILLERMO TELL

HIJO DEL PUEBLO Y SOLDADO DE LA LIBERTAD



30 CÉNTIMOS

Cómpralo y contribuirá a la obra de divulgación social

De venta en todos los quioscos



EDICIONES HYMSA

Diputación, 211
Barcelona



Valverde, 28
Madrid

PROYECTOR

Filmoteca
de Catalunya

MAGAZINE ESPAÑOL
DE CINE



Gail Patrick
Paramount

